

Ateísmo PRÁCTICO

MODERNIZADO Y ABREVIADO

STEPHEN CHARNOCK
(1628-1680)

Ateísmo práctico

Modernizado y abreviado

Contenido

Introducción.....	3
I. Propositiones generales	6
II. El hombre, su propia regla en lugar de Dios.....	12
III. El hombre, su propio fin y felicidad.....	32
IV. Imaginaciones indignas de Dios.....	48
V. Falta de deseo por Dios.....	50
VI. Aplicación.....	53

Chapel Library ha resumido y modernizado cuidadosamente el texto original de Charnock para hacerlo accesible a los lectores modernos. Tomado de «Ateísmo práctico», en Stephen Charnock, *The Complete Works of Stephen Charnock*, vol. 1 (Edimburgo; Londres; Dublín: James Nichol; James Nisbet and Co.; W. Robertson; G. Herbert, 1864-1866), 182-238.

Esta traducción al español copyright © 2025 Chapel Library. Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos o para bajar nuestro material sin cargo alguno, por favor visite www.ChapelLibrary.org o póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Ateísmo práctico

Dice el necio en su corazón: No hay Dios.

— Salmo 14:1

Introducción

El ateísmo práctico es natural al hombre en su estado depravado, y muy común en los corazones y vidas de los hombres.

«Dice el necio en su corazón: No hay Dios». Lo considera tan poco como si Dios no existiera. Lo dijo en su corazón, no con su lengua, ni en su cabeza. Nunca lo pensó firmemente ni lo afirmó abiertamente. La vergüenza puso freno a lo primero, y la razón natural a lo segundo. Sin embargo, tal vez algunas veces tuvo ciertas dudas de si había Dios o no. Deseaba que no lo hubiera y a veces esperaba que no lo hubiera en absoluto. No podía borrar de su mente la noción de la Deidad, pero descuidaba arraigar en su corazón el sentido de Dios, y se entregaba con empeño a desfigurar y borrar aquellas huellas divinas que habían quedado en su alma bajo las ruinas de la naturaleza original.

«No hay Dios». La mayoría entiende esto como una negación de la providencia de Dios. Quien niega cualquier atributo esencial puede decirse que niega el ser de Dios. Ninguna naturaleza puede subsistir sin las perfecciones esenciales a esa naturaleza, ni Dios puede ser concebido sin las suyas. El apóstol nos dice que los gentiles estaban «sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12). Así que, en cierto sentido, todos los incrédulos pueden ser llamados ateos; porque, rechazando al Mediador designado por Dios, rechazan al mismo Dios que lo designó.

El título de ateo pertenece no solo a los que niegan la existencia de Dios, o a los que desprecian todo sentido de la Deidad y buscan arrancar de sus almas la conciencia y reverencia de Dios. Pertenece también a los que no dan a Dios la debida adoración; a los que adoran a muchos dioses; o a los que adoran al único Dios de manera falsa y supersticiosa; cuando no tienen concepciones correctas de Dios, ni intención de adorarlo conforme a la excelencia de su naturaleza. Todos los que son indiferentes respecto a

cualquier religión en particular caen en este carácter. Aunque reconocen a un Dios en general, están dispuestos a reconocer cualquier dios acuñado por las autoridades bajo las cuales viven. Los gentiles estaban sin Dios en el mundo—sin la verdadera noción de Dios, aunque tenían un dios formado por ellos mismos.

Este ateísmo general o práctico es natural a los hombres:

1. No natural por creación, sino por corrupción. Es contra la naturaleza tal como salió de la mano de Dios; pero es universalmente natural, puesto que la naturaleza ha sido infectada por el aliento de la serpiente. La falta de debida consideración de Dios o las tergiversaciones de su naturaleza son tan acordes con la naturaleza corrupta como lo es contrario a la razón común negar la existencia de Dios.

2. Es universalmente natural: «Se apartaron los impíos desde la matriz» (Sal. 58:3). «Se descarriaron en cuanto nacieron... su veneno es semejante al veneno de la serpiente» (vv. 3-4). «Los impíos»—¿y quién por nacimiento tiene un mejor título? Se apartan de los dictados de Dios y de la norma de su creación tan pronto como nacen. Su veneno es como el veneno de una serpiente, que es radicalmente el mismo en todos los de la misma especie.

Está seminal¹ y fundamentalmente en todos los hombres, aunque Dios puede refrenarlo más en unos que en otros. Este principio recorre toda la corriente de la naturaleza. La inclinación natural del corazón de cada hombre es apartarse de Dios. Cuando intentamos algo que agrade a Dios, es como escalar una colina contra la naturaleza. Cuando hacemos algo que le desagrada, es como una corriente que corre por el cauce en su curso natural. ¡Con cuánta suavidad descendemos naturalmente hacia aquello que nos pone a mayor distancia de Dios! No hay por naturaleza un sentido activo, potente, eficaz de Dios.

El gran apóstol cita el texto para confirmar la acusación que hizo contra toda la humanidad (Ro. 3:9-12). En su interpretación, los judíos, que reconocían² a un solo Dios y estaban distinguidos con privilegios especiales, así como los gentiles, que sostenían muchos dioses, están incluidos en esta descripción. Acusa a todos porque todos, cada uno de ellos, estaban bajo pecado: «No hay quien busque a Dios» (v. 11); y en el versículo 19 añade: «Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley» (Ro. 3:19), para que nadie imagine que incluyó solo a los gentiles y eximió a los judíos de esta descripción. La lepra del ateísmo había infectado toda la

¹ **seminalmente**: originalmente; en germen.

² **reconocido**: confesado.

masa de la naturaleza humana. Ningún hombre, ni judío ni gentil, buscó a Dios de manera natural; por lo tanto, todos carecieron de la más mínima chispa del sentido práctico de la Deidad. Los efectos de este ateísmo no se manifiestan con igual magnitud en todos; sin embargo, en su raíz y fundamento, no existe la menor diferencia entre los mejores y los peores hombres que hayan andado sobre este mundo. La distinción radica ya sea en la gracia común³, que lo limita y reprime; o en la gracia especial, que lo mata y lo crucifica. Está en todos, ya sea triunfante o militante, reinando o depuesto. «No hay quien busque a Dios». Nadie busca a Dios como su norma, como su fin, como su felicidad, lo cual es una deuda que la criatura naturalmente le debe a Dios. No desea comunión con Dios; coloca su felicidad en cualquier cosa inferior a Dios; prefiere todo antes que a Él, glorifica todo por encima de Él. No tiene deleite en conocerle; no considera aquellas sendas que conducen hacia Él; ama su propia inmundicia más que la santidad de Dios.

La más noble facultad del hombre es su entendimiento, donde aún son visibles los vestigios de la imagen de Dios. La sabiduría es la más alta operación de esa facultad. Pero, en el juicio del Espíritu de Dios, la sabiduría del hombre es «terrenal, animal, diabólica» (Stg. 3:15). Y la sabiduría del mejor hombre no es mejor por naturaleza. Una legión de espíritus impuros la posee. Es diabólica como el diablo, que, aunque cree que hay un Dios, sin embargo, actúa como si no lo hubiera, y desearía no tener un superior que le prescriba una ley e inflija el castigo que sus crímenes han merecido. De ahí que el veneno del hombre por naturaleza se diga que es como «el veneno de la serpiente», aludiendo a aquella tentación serpentina que primero infectó a la humanidad y cambió la naturaleza del hombre en semejanza del diablo (Sal. 58:4). La armonía del mundo presenta a los hombres no solo con el aviso de la existencia de un Dios, sino que lanza a sus mentes algunas impresiones de su poder y eternidad. Pero los pensamientos y razonamientos del hombre son tan corruptos, que bien pueden llamarse diabólicos, y tan contrarios a la perfección de Dios y a la ley original de su naturaleza como lo son los actos del mismo diablo. Como todo hombre natural es hijo del diablo y es movido a la acción por el espíritu diabólico, debe tener aquella naturaleza que su padre tiene, aunque la plena manifestación de ella pueda ser refrenada por diversas circunstancias (Ef. 2:2). Para concluir: aunque

³ **gracia común:** efectos de la providencia y revelación de Dios comunes tanto a los elegidos como a los no elegidos.

gracia especial: la obra salvífica de Cristo, la revelación de Dios y la obra eficaz del Espíritu Santo en los elegidos.

ningún hombre, o muy pocos, llegue a la conclusión positiva en su corazón de que no hay Dios, sin embargo, ningún hombre tiene naturalmente en su corazón reverencia alguna por Dios.

I. Propositiones generales

En general, antes de llegar a una prueba particular, tomemos algunas proposiciones.

Proposición 1: Las acciones prueban más que las palabras.

El testimonio de las obras es más fuerte y claro que el de las palabras, y la disposición de los corazones de los hombres debe medirse más por lo que hacen que por lo que dicen. Todas las impiedades externas son las ramas del ateísmo enraizado en nuestra naturaleza, así como todas las llagas infecciosas son expresiones de la corrupción en la sangre. Las prácticas de los hombres son los mejores índices de sus principios. El curso de la vida de un hombre es el reflejo de la disposición de su corazón. ¿Quién puede negar el ateísmo en el corazón, cuando es tan visible en la vida? Una negación práctica de Dios es peor que una verbal, porque los hechos suelen tener más deliberación que las palabras. Las palabras pueden ser fruto de una pasión, pero un conjunto de malas acciones son el fruto y evidencia de un principio maligno predominante en el corazón. Con mayor razón deben ser llamados “ateos” aquellos que reconocen a Dios y andan como si no existiera, que aquellos (si acaso puede haber tales) que niegan a Dios y andan como si lo hubiera.

Un sentido de Dios en el corazón estallaría en la vida. Donde no hay reverencia a Dios en la vida, fácilmente se concluye que hay menos en el corazón.

Las llamas que brotan de una casa revelan que el fuego dentro es mucho más fuerte y feroz. El apóstol juzga que aquellos que prestaron atención a fábulas judías eran negadores de Dios, aunque no los acusa de ninguna profanidad notoria: «Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan» (Tit. 1:16). Se jactaban de ser santos; el apóstol los llama abominables. Se gloriaban de cumplir la ley; el apóstol los llama desobedientes. Había más de la negación de Dios en sus obras que reconocimiento de Dios en sus palabras. Aquellos que no tienen a Dios ni en sus pensamientos, ni en su lengua, ni en sus obras, no pueden propiamente decirse que lo reconocen.

Proposición 2: Todo pecado se funda en un ateísmo secreto.

El ateísmo es el espíritu de todo pecado. Aunque diversos pecados puedan estar en desacuerdo entre sí, sin embargo, como Herodes y Pilato contra Cristo, se dan la mano contra Dios. Aunque las concupiscencias y placeres son diversos, están unidos en la desobediencia contra Él (Tit 3:3). Todas las malas inclinaciones del corazón, los movimientos turbulentos, las quejas secretas, los secretos autoaplaudidos, la envidia, la ambición y la venganza son chispas de este fuego latente. El lenguaje de cada una de ellas es: “Quiero ser señor de mí mismo, y no tener un Dios superior a mí”.

La variedad de pecados contra la primera y la segunda tabla —la negligencia hacia Dios y la violencia contra el prójimo— se derivan de lo que aquí declara el texto. Primero: «Dijo el necio en su corazón», y de inmediato le sigue una legión de demonios. Así como todas las acciones virtuosas brotan del reconocimiento de Dios, así también todas las acciones corruptas nacen de una negación oculta de Él. «Con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal» (Pr. 16:6); pero al no tener en cuenta a Dios, los hombres se precipitan irremediabilmente en el mal.

En los pecados de omisión no reconocemos a Dios, al descuidar cumplir lo que Él manda. En los pecados de comisión, erigimos alguna concupiscencia en el lugar de Dios y rendimos a ella el homenaje que corresponde a nuestro Hacedor. Negamos su soberanía cuando violamos sus leyes. Deshonramos su santidad cuando arrojamos nuestra inmundicia delante de su rostro. Menoscabamos su sabiduría cuando establecemos otra regla como guía de nuestras acciones en lugar de aquella ley que Él ha fijado. Menospreciamos su suficiencia cuando preferimos la satisfacción en el pecado antes que la felicidad en Él solamente; y menospreciamos su bondad cuando juzgamos que no es lo suficientemente fuerte para atraernos a Él. Todo pecado invade los derechos de Dios y lo despoja de una u otra de sus perfecciones. Es tal el envilecimiento de Dios como si Él no fuese Dios; como si no fuese el supremo Creador y benefactor del mundo; como si no tuviéramos nuestro ser de Él; como si el aire que respiramos, el alimento con el cual vivimos, fueran nuestros por derecho de supremacía y no de donación.

Proposición 3: El pecado implica que Dios es indigno de existir.

Todo pecado es una especie de maldecir a Dios en el corazón (Job 1:5), un intento de destruir el ser de Dios, no de hecho, sino virtualmente; no en

la intención de cada pecador, pero sí en la naturaleza de todo pecado. La concupiscencia que impulsa a un hombre a quebrantar su ley lo impulsaría a aniquilar su ser, si estuviera en su poder. En todo pecado, el hombre procura establecer su propia voluntad como su norma, y su propia gloria como el fin de sus acciones, en contra de la voluntad y gloria de Dios. Y si el pecador pudiera alcanzar su fin, Dios sería destruido. El pecado es llamado «volverle las espaldas» a Dios (Jer. 32:33); «engordó, dio coces» (Dt. 32:15); como si Él fuera menos digno que el mendigo más vil. ¿Qué mayor desprecio puede mostrarse a la persona más baja y vil, que volverle la espalda, alzar el talón y arrojarlo con indignación? Todas estas acciones, aunque significan que tal persona existe, también testifican que es indigna de existir, que no es útil en el mundo, y que sería mejor que el mundo estuviera libre de él.

Todo pecado cometido contra conocimiento se considera una afrenta a Dios (Nm. 15:30-31; Ez. 20:27). Tal afrenta implica declarar a alguien indigno de ser admitido en compañía. Así, por naturaleza, juzgamos a Dios como indigno de ser tratado. En el pecado, Dios es aquel de quien el hombre se aparta, y el pecado es aquello a lo que se vuelve. Esto implica una mayor excelencia percibida en la naturaleza del pecado que en la naturaleza de Dios. Quienquiera que piense que la noción de una Deidad es indigna de ser mantenida en su mente por medio de una meditación ferviente, implica que no le importa si Dios tiene ser o no. «No aprobaron tener en cuenta a Dios» (Ro. 1:28).

La descripción de las naciones del mundo, postradas en las ruinas de la caída de Adán y sepultadas en los sedimentos de aquella rebelión, es que no conocieron a Dios. Le olvidaron como si no existiese tal Ser sobre ellos. En realidad, quien practica las obras del diablo declara con ello que el diablo es más digno de obediencia y, por consiguiente, de ser reconocido como verdadero ser antes que Dios mismo, cuya naturaleza desprecia y cuya presencia aborrece.

Proposición 4: Todo pecado haría de Dios un ser insensato e impuro.

Muchos transgresores estiman sus actos, que son contrarios a la ley de Dios, como sabios y buenos. Si es así, la ley contra la cual fueron cometidos debe ser insensata e impura. ¡Qué reflejo hace esto sobre el Legislador!

La ley moral no es propiamente un mero acto de la voluntad de Dios considerado en sí mismo, ni un edicto tiránico, sino que ordena aquellas cosas que son buenas en su propia naturaleza, y prohíbe aquellas cosas que

son en su propia naturaleza malas. Por tanto, es un acto de su sabiduría y justicia, el resultado de su sabio consejo, y un extracto de su naturaleza pura. Todas las leyes de legisladores justos no son solo actos de su voluntad, sino de una voluntad gobernada por la razón y la justicia, y para el bien del público, del cual son conservadores⁴.

Si los mandamientos morales de Dios fueran solo actos de su voluntad, y no tuvieran una necesidad, razón y bondad intrínsecas, Dios podría haber mandado lo completamente contrario, y haber hecho una ley contraria, por la cual lo que ahora llamamos vicio hubiera sido canonizado por virtud. Pero si el homicidio, el adulterio y el saqueo hubieran sido mandados en lugar de lo contrario, Dios habría destruido su propia creación. Habría actuado contra la norma de la bondad y el orden, y habría sido un gobernador injusto y tiránico del mundo. La sociedad pública se habría quebrado en pedazos, y el mundo se habría convertido en un matadero y un burdel.

Ya que todo pecado es contra la ley de Dios, toda desobediencia niega la sabiduría y la santa justicia de la naturaleza de Dios. ¿Y cuál es la consecuencia de esto, sino que Dios es visto como insensato e injusto?

Como se dijo antes, los pecados presuntuosos son llamados afrentas de Dios. «Mas la persona que hiciere algo con soberbia... ultraja a Jehová» (Nm. 15:30). Todas las afrentas contra Dios implican una acusación ya sea de injusticia o de ignorancia. Si es de injusticia, es una negación de su santidad. Si es de ignorancia, es una mancha en su sabiduría. Si las leyes de Dios no fueran sabias y santas, Dios no las habría mandado; y si lo son, negamos la infinita sabiduría y santidad de Dios al no obedecerlas. Cuando un hombre no cree en las promesas de Dios, le «hace mentiroso» (1 Jn. 5:10); así, quien desobedece a un Dios sabio y santo lo hace culpable de insensatez o injusticia.

Ahora bien, supongamos que conocieras a un ateo absoluto, que negara la existencia misma de Dios, pero cuya vida pareciera estar libre de toda corrupción notoria. ¿Lo considerarías tan perverso como a aquel que, reconociendo la existencia de Dios, con su manera de vivir arroja sobre Él tan negra imputación de insensatez e impureza?

Proposición 5: El pecado procura hacer de Dios el ser más miserable.

El pecado no es otra cosa que una oposición a la voluntad de Dios. La voluntad de ninguna criatura es tan contradicha como la voluntad de Dios

⁴ **conservadores:** funcionarios encargados de proteger los derechos de otros.

lo es por diablos y hombres. No hay nada bajo los cielos contra lo cual las afecciones humanas se opongan más directamente que contra Dios. Hay desprecio hacia Él en todas las facultades del hombre. Nuestras almas son tan reacias a conocerle como nuestras voluntades lo son a seguirle: «La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede» (Ro. 8:7). Es cierto que la voluntad de Dios no puede ser efectivamente impedida, pues entonces Dios no sería supremamente bienaventurado, sino infeliz y miserable. Toda miseria surge de carecer de lo que una naturaleza particular quiere y debe tener. Además, si algo pudiera frustrar la voluntad de Dios, sería superior a Él. Dios no sería omnipotente, y perdería la perfección de la Deidad, y, en consecuencia, la misma Deidad. Pero el pecado es una contradicción a la voluntad de la revelación de Dios, a la voluntad de su precepto. Naturalmente pretende la superioridad sobre Dios, y querría usurpar su omnipotencia y privarle de su bienaventuranza. Si Dios no tuviera poder infinito para convertir los designios del pecado en su propia gloria, la voluntad del pecado prevalecería y Dios quedaría totalmente despojado de su bienaventuranza. El pecado procura sujetar a Dios a las voluntades de los hombres: «pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades» (Is. 43:24). El pecado procura someter al Dios bendito a la concupiscencia de cada persona en el mundo.

Proposición 6: Los hombres desean que Dios no exista.

Los hombres, a veces y en ciertas circunstancias, desean que Dios no exista. Algunos piensan que este es el sentido del texto: «Dice el necio en su corazón: No hay Dios». Muchos juegan con sus propios corazones para persuadirse de que no hay Dios, y cuando no pueden lograrlo, desean que no lo hubiera. Los hombres tienen naturalmente alguna conciencia del pecado, y algún aviso de la justicia: «Conocen el juicio de Dios» (Ro. 1:32), y saben el demérito del pecado, «que los que practican tales cosas son dignos de muerte». ¿Cuál es la consecuencia de esto sino el temor del castigo? ¿Y cuál es el resultado de ese temor sino el deseo de que el Juez fuera o renuente o incapaz de vindicar el honor de su ley violada? Cuando Dios es el objeto de tal deseo, ello es una virtual “des-divinización” de Él. No poder castigar es impotencia. No querer castigar es injusticia. Ambas son imperfecciones incompatibles con Dios. El temor de Dios es natural a todos los hombres—no un temor de ofenderlo, sino un temor de ser castigados por Él. El deseo de la extinción de Dios crece en los hombres según el grado de sus temores ante su justa venganza. Aunque tal deseo llega a su colmo solo en los

condenados en el infierno, tiene, sin embargo, sus brotes y movimientos en las conciencias atemorizadas y despertadas en la tierra.

Los que desean que no haya Dios o que Dios fuera destruido incluyen a los siguientes:

1. Las conciencias aterradas no ven nada sino causa de temor. Así como han vivido fuera de los límites de la ley, temen caer bajo el golpe de su justicia. El temor desea la destrucción de lo que considera dañino. Y todo hombre malvado, en angustia de espíritu, quitaría la vida a Dios—si estuviera al alcance de su poder. Se libraría de sus temores destruyendo a su vengador.

2. Las personas corrompidas⁵ y entregadas al vicio a veces tienen tales deseos. Como el hombre está tan profundamente enamorado del pecado que lo considera el bien más estimable, no puede sino desear la abolición de la ley que lo restringe, y el cambio del Legislador que la estableció. Así como las almas desesperadas desean que Dios no tuviera voluntad justa para castigarlas, así también ellas desean con certeza que Dios no tuviera voluntad santa para mandarlas.

3. Algunos cumplen deberes externos solo por un principio de temor servil. Cumplen los deberes que la ley manda con los sentimientos de esclavos realizando su fatiga. Son constreñidos en sus deberes únicamente por consideraciones del látigo y el garrote. Por tanto, ya que lo hacen a regañadientes y murmuran en secreto mientras parecen obedecer, desean que los mandatos fueran revocados y que el Maestro que los manda estuviera en otro mundo. El Espíritu de adopción hace que los hombres actúen hacia Dios como hacia un padre; un espíritu de esclavitud solo lo mira como a un juez.

Apelémonos ahora a nosotros mismos y examinemos nuestras propias conciencias. ¿Nos hemos complacido alguna vez pensando cuán felices seríamos, cuán libres estaríamos en nuestros vanos placeres, si no hubiera Dios? ¿No hemos deseado ser nuestros propios señores sin control, sujetos a ninguna ley sino a la nuestra, y guiados por ninguna voluntad sino la de la carne? ¿Nos hemos airado alguna vez contra Dios bajo su mano aflictiva? ¿Hemos deseado que Dios fuera despojado de su santa voluntad de mandar, y de su justa voluntad de castigar?

Esto basta respecto a las proposiciones generales.

Para la demostración de esto, consideremos estas dos pruebas generales: el hombre quiere establecerse a sí mismo, primero, como su propia regla; y en segundo lugar, como su propio fin y felicidad.

⁵ **depravado:** corrompido; destruido por conducta inmoral o destructiva.

II. El hombre, su propia regla en lugar de Dios

El hombre quiere erigirse a sí mismo como su propia regla en lugar de Dios. Esto se probará de la siguiente manera:

1. El hombre, por naturaleza, desconoce la regla que Dios le establece.
2. Reconoce cualquier otra regla, menos la que Dios prescribe.
3. Hace esto para erigirse a sí mismo como su propia regla.
4. Se convierte no solo en su propia regla, sino también en la regla de Dios, y llega a dar leyes a su Creador.

1. El hombre, por naturaleza, desconoce la regla que Dios le establece.

Negar Su realeza es negar Su ser. Cuando desconocemos Su autoridad, desconocemos Su divinidad. Es derecho de Dios ser soberano sobre Sus criaturas.

Todo hombre es naturalmente hijo de Belial, desea estar sin yugo y salta las cercas de Dios. Al rebelarse contra Su soberanía, desconocemos Su ser como Dios. Ser Dios y ser soberano son inseparables; no podría ser Dios si no fuese supremo. Ni podría ser Creador sin ser Legislador. Ser Dios y, al mismo tiempo, inferior a otro, es una contradicción. Crear criaturas racionales sin prescribirles una ley es crearlas sin santidad, sin sabiduría y sin bondad.

a. La renuencia a conocer la voluntad de Dios

Hay en el hombre una resistencia natural incluso a familiarizarse con la voluntad que Dios le establece. «No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios» (Sal. 14:2). Rehusar la instrucción y echar Su Palabra tras sus espaldas es parte del ateísmo (Sal. 50:17). Somos tardos para oír las instrucciones de la ley o del evangelio (Hb. 5:11–12), y lentos para comprender lo que escuchamos. No puede haber concordia entre la santa voluntad de Dios y el corazón de una criatura depravada: una es santa, el otro es impío. Una es enteramente buena, el otro enteramente malo. La pureza de la regla divina la hace nauseabunda para la impureza de un corazón carnal.

Rechazar con disgusto una regla santa es una evidencia de ateísmo en el corazón. Sus restos aún se hallan, en mayor o menor grado, en todo

cristiano, aunque no con dominio total. Pues, así como hay una ley en su mente por la cual se deleita en la ley de Dios, también hay una ley en sus miembros por la cual lucha contra la ley de Dios (Ro. 7:22–23, 25). ¡Cuán predominante es esta aversión hacia la ley de Dios cuando la naturaleza corrupta está en todo su vigor, sin principio alguno que la refrene! Tal mente está tan entenebrecida que ignora la ley de Dios, y la voluntad tan depravada que se resiste a ella. Si el hombre fuese naturalmente dispuesto y capaz de conocer íntimamente y deleitarse en la ley de Dios, no habría sido un favor tan extraordinario que Dios prometiese escribir Su ley en el corazón. Más fácil le sería al hombre grabar con el dedo desnudo las crónicas de toda una nación, o todos los registros de Dios en la Escritura sobre el mármol más duro, que escribir una sola sílaba de la ley de Dios, de manera espiritual, en su corazón. Esto es así porque,

1. Los hombres son negligentes en usar los medios para alcanzar el conocimiento de la voluntad de Dios. Todo hombre natural es un necio, incapaz de aprovechar el precio que Dios pone en sus manos (Pr. 17:16). No valoran debidamente las oportunidades y medios de gracia; tienen por locura la ley, siendo esta el producto de infinita y santa sabiduría.

2. Cuando alguna parte de la mente y voluntad de Dios irrumpe sobre los hombres, procuran deshacerse de ella, como quien sacude de encima a un oficial que viene a arrestarlo. «Como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios» (Ro. 1:28). «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Co. 2:14), es decir, no las recibe en su afecto. Las rechaza como se rechaza a mendigos inoportunos y molestos.

3. Cuando los hombres no logran despojarse de los avisos de la mente y la voluntad de Dios, no hallan placer en considerarlos. Esto sería imposible si en verdad existiera un propósito de reconocer la mente y la ley de Dios como regla. Los siervos que aman a su señor se deleitan en leer y cumplir sus órdenes. Los demonios, aunque entienden la ley de Dios en su mente, aborrecen toda impresión de ella sobre su voluntad. Se dice del hombre natural que no conoce a Dios ni las cosas de Dios. Puede conocerlas en su mente, pero no en su corazón. Un alma sensual no puede deleitarse en una ley espiritual. Ser sensual y no tener el Espíritu son inseparables (Jud. 19).

Los hombres naturales pueden, en efecto, meditar en la ley y verdad de Dios, pero sin deleite en ellas. Si encuentran algún placer, es solo como conocimiento, no como regla. Desean conocer a Dios y alguna parte de Su voluntad y ley, no por un sentido de su excelencia práctica, sino por una sed natural de conocimiento. Buscan adornar su entendimiento, no avivar sus afectos. Son como muchachos ociosos que encienden un fuego, no para

calentarse, sino para entretenerse con las chispas. Pero un alma piadosa no solo halla dulzura en su meditación, sino que se deleita en el objeto mismo de esa meditación (Sal. 104:34).

4. Hay además una rebelión del corazón contra la voluntad de Dios:

Interna. La ley de Dios arrojada contra un corazón duro es como una pelota lanzada contra un muro de piedra: por la resistencia, rebota más lejos de él. Tenemos una antipatía natural contra la voluntad divina; y por eso, cuando se acerca a nuestra conciencia, tendemos a despreciarla y a discutir contra ella; y la corrupción brota con más fuerza. «Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado estaba muerto» (Ro. 7:8). El pecado estaba como muerto, en un estado de languidez, como una guardia dormida en una ciudad, hasta que, al oír la alarma del enemigo, toma las armas y revive su vigor. Todo el pecado en el corazón se congrega y fortalece para resistir.

Externa. Es un fruto de ateísmo lo dicho en el Salmo 14:4: «¿No tienen discernimiento todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comiesen pan?». ¡Cuánta oposición encuentra la revelación de la mente de Dios!

5. Los hombres a menudo parecen deseosos de conocer la voluntad de Dios, no por respeto a Su voluntad ni para hacer de ella su regla, sino por alguna otra consideración. La verdad rara vez es recibida como verdad. Hay más hipocresía que sinceridad en la iglesia. Judas fue seguidor de Cristo por la bolsa del dinero. A veces los hombres aparentan querer conocer la voluntad de Dios para satisfacer sus propias pasiones más que para conformarse a la voluntad divina. Muchos aceptan una doctrina por causa de la persona, y no a una persona por causa de la doctrina. Creen en algo porque proviene de un hombre a quien estiman, como si sus labios fueran más canónicos que la Escritura.

El apóstol lo da a entender en el elogio que hace a los Tesalonicenses (1 Ts. 2:13), pues implica que algunos reciben la Palabra por interés humano, no «como la palabra de Dios que es en verdad», para mandar y gobernar sus conciencias por su autoridad soberana. Algunos poseen la verdad de Dios (como dice Santiago de la fe en Cristo) «haciendo acepción de personas» (Stg. 2:1), y la reciben no por causa de la fuente, sino del canal. Con frecuencia, la verdad proclamada por un predicador es desechada; pero cuando la misma procede de la imaginación y labios de un predicador idolatrado, se la venera como si fuese oráculo de Dios. Tal actitud hace del hombre —y no de Dios— la norma.

6. Muchos reciben los conceptos de la voluntad y mente de Dios con afectos inestables y vacilantes. El corazón del hombre es muy inconstante. Los judíos un día aclaman a nuestro Salvador con hosannas como a su rey, y al siguiente piden Su crucifixión y lo tratan como a un asesino. Comenzamos en el Espíritu y terminamos en la carne.

7. Muchos desean conocer la ley y la verdad de Dios para satisfacer con ellas algún deseo carnal. Esto está tan lejos de hacer de la voluntad de Dios nuestra regla, que hacemos de nuestras propias y viles pasiones la norma de Su ley. ¡Cuántas interpretaciones forzadas de la Escritura se han forjado para dar consentimiento a las concupiscencias de los hombres! Es parte de la inestabilidad y falsedad del corazón torcer las Escrituras “para su propia perdición” (2 P. 3:16). En el Paraíso, la primera interpretación hecha de la primera ley de Dios fue directamente contraria a la mente del Legislador y venenosa para toda la raza humana.

Con frecuencia se extraen consecuencias venenosas de las verdades más dulces. Por ejemplo, la disposición de Dios para recibir a pecadores que se vuelven a Él ha sido usada como estímulo para posponer el arrepentimiento hasta el lecho de muerte.

Ahora bien, es evidente que esta renuencia a familiarizarse espiritualmente con la verdad divina es un desconocimiento de Dios como nuestra regla, y es ponerse uno mismo en Su lugar, porque tal renuencia se opone a la verdad en sus diversos aspectos.

Primero, la verdad es la más espiritual y santa. Una mente carnal es contraria a una ley espiritual, en particular porque es una ley escudriñadora y reveladora, que destrona a todas las demás reglas en el alma. Así como la santidad de Dios, también la santidad de la ley ofende al corazón carnal. «Haced que el Santo de Israel se aparte de nosotros... no nos profeticéis lo recto» (Is. 30:10–11).

Segundo, la verdad se relaciona con Dios o conduce a Dios. El diablo dirige sus ataques más feroces contra aquellas doctrinas de la Palabra y aquellas gracias en el corazón que más exaltan a Dios, humillan al hombre y lo llevan a la más baja sujeción a su Creador. Tal es la doctrina de la justificación por la fe. El Espíritu Santo declaró hace mucho que los hombres no odian el conocimiento en cuanto conocimiento, sino en cuanto los dirige a escoger el temor del Señor: «Aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová» (Pr. 1:29). Naturalmente, el hombre huye de todo lo que tenga relación con Dios, lo declare culpable, dé testimonio de su rebelión, despierte su conciencia y lo mueva a volverse a Él.

Tercero, la verdad es la más contraria al yo. Los hombres no quieren familiarizarse con ninguna verdad que conduzca a Dios, porque los aparta de sí mismos. La razón por la cual tenemos pensamientos tan duros acerca de la voluntad de Dios es porque tenemos pensamientos demasiado altos acerca de nosotros mismos. Es difícil creer o querer aquello que no guarda afinidad con algún principio de nuestro entendimiento ni tiene interés en nuestra voluntad y pasiones. Nuestra resistencia a la voluntad de Dios surge de la desproporción entre ella y nuestros corazones corruptos. Estamos «ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay» (Ef. 4:18–19).

Muchos aman las ciencias que enriquecen su entendimiento y no se oponen a sus deleites sensuales. Muchos tienen admirable capacidad para entender razones filosóficas y demostraciones matemáticas, o hacer observaciones de la historia, y dedican mucho tiempo y pensamiento serio al estudio de ellas. Estas ciencias no tratan directamente con Dios ni dañan sus placeres amados. Satisfacen al yo. Pero si hubiesen sido tan contrarias al yo como lo son la ley y la voluntad de Dios, habrían sido erradicadas del mundo hace mucho.

b. Desprecio de la regla de Dios

Así como los hombres muestran su rechazo de la voluntad de Dios como regla por su falta de disposición a conocerla, también lo muestran por su desprecio de ella. La regla de Dios es gravosa para el pecador. Huye de ella como de un monstruo espantoso y un yugo desagradable. El pecado contra el conocimiento de la ley se llama, por lo tanto, apartarse del mandamiento de Sus labios (Job 23:12); echar la Palabra de Dios tras sus espaldas (Sal. 50:17). Esto es tratar la Palabra de Dios como algo despreciable, más digno de ser pisoteado en el polvo que de ser guardado en el corazón. Peor aún, es desecharla como cosa abominable: «Israel desechó lo bueno» (Os. 8:3), un rechazo total de Dios. Al despreciar Sus preceptos, se desprecian Sus perfecciones esenciales. Al rechazar la regla de Su voluntad, desconocemos todos los atributos de Su voluntad: bondad, justicia y verdad. Así como un acto del entendimiento de Dios precede a un acto de Su voluntad, al despreciar la ley menospreciamos la razón infinita de Dios. Naturalmente, los hombres consideran que las leyes de Dios son demasiado estrictas, Su yugo demasiado pesado y Sus límites demasiado estrechos. El que vive en desprecio de esta ley maldice a Dios con su vida. Pensar que creemos firmemente en Dios mientras no conformamos nuestras vidas a Su ley es una vana ilusión.

Este desprecio se manifiesta,

1. Al quebrantar presuntuosamente cualquier parte de Su ley. Al rehusar voluntariamente Su derecho en una sola parte, arrancamos de raíz el fundamento de Su autoridad. Y si se desconoce en un punto, virtualmente se desconoce en todos: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (Stg. 2:10–11).

2. En la aversión natural hacia las declaraciones de la voluntad y mente de Dios. El hombre desea ser como Dios, sin límites. Quiere no tener cadenas, aunque sean cadenas de oro que conduzcan a su felicidad.

3. Despreciamos más la voluntad de Dios cuando más busca Su honra y complacencia. Tal es la naturaleza del hombre desde Adán. Dios deseaba misericordia y no sacrificio, el conocimiento de Él más que holocaustos; «Mas ellos, cual Adán, traspasaron el pacto» (Os. 6:6–7). Invaden el derecho de Dios aun en ser Señor de un solo árbol.

Observamos con mayor escrúpulo los flecos de la ley que los asuntos más importantes de ella. Los judíos eran diligentes en sacrificios y ofrendas, que Dios no urgía como cosas principales, sino como tipos de otras cosas. Eran negligentes en la fe que Él había establecido y eran extraños a la santidad, la misericordia y la piedad, que concernían a la honra de Dios.

Nuestros corazones son más renuentes a guardar aquellas leyes que son eternas y esenciales a la justicia. Pues en su observancia nos acercamos más a Dios y reflejamos con mayor claridad Su imagen: tales son las leyes que exigen adoración interior y espiritual, y el afecto supremo hacia Él. En cambio, mostramos mayor disposición a cumplir con esmero servicios externos y apariencias de devoción, que a desechar los afectos ocultos al mal y a crucificar las concupiscencias internas y los pensamientos deleitosos. “Inclinar la cabeza como junco” no es difícil, pero quebrantar el corazón como vasija de alfarero, hecha añicos y polvo, es contra nuestra inclinación. Es un sacrificio en el cual Dios se deleita, cuando reconocemos la excelencia de Dios y la vileza de la criatura.

4. También se ve en exponernos a mayores riesgos y a más dificultades para oponernos a la voluntad de Dios, que los que serían necesarios para guardarla. Los hombres acusan falsamente a los preceptos de Dios de ser pesados, cuando con ello contradicen tanto a nuestro Salvador, quien nos dice que Su yugo es fácil y Su carga ligera, como a la misma razón y juicio serenos de ellos mismos. ¿Acaso no es más difícil ser impío, codicioso, violento y cruel, que ser virtuoso, caritativo y bondadoso? ¿Manda Dios algo contrario a la recta razón? ¿Manda algo que no sea secretamente deleitoso de hacer y de resultados deleitosos? Por el contrario, ¿en qué nos ocupan Satanás y el mundo? Solo en lo que es dañino y peligroso. ¿Es dulce y

hermoso luchar constantemente contra nuestra propia conciencia, resistir la luz que tenemos y contender siempre contra nosotros mismos, como sucede cada vez que pecamos?

5. En la falta de disposición y torpeza de nuestros corazones cuando debemos rendir servicio a Dios. Los hombres «Para el mal las dos manos son diestras» (Miq. 7:3- LBLA), pero para hacer el bien apenas con una mano, y débilmente. Esto es un agravio contra Su providencia, como si no estuviéramos bajo Su gobierno ni necesitaríamos de Su asistencia. Es un agravio contra Su excelencia, como si no hubiera en Él atractivo alguno que hiciera deseable Su servicio. Es una injuria contra Su bondad y poder, como si no fuera capaz ni estuviera dispuesto a recompensar la obediencia de la criatura, o como si fuese descuidado y no tomara nota de ella. Es señal de que hallamos poca satisfacción en Él y de que hay una gran desproporción entre Él y nosotros.

Primero, hay una especie de coacción cuando comenzamos a servirle. Más bien somos forzados a ello que entramos voluntariamente. Por naturaleza, el servicio a Dios se hace mucho contra nuestra voluntad. No es un alimento deleitoso, sino una poción amarga. Apelamos a nosotros mismos: ¿somos más reacios a los deberes secretos hacia Dios que a unirnos con otros en actos públicos de servicio?

Si cumplimos con alguna parte de Su voluntad, ¿no es acaso por nuestros propios fines, para ser librados de algún apuro? «Jehová, en la tribulación te buscaron; derramaron oración cuando los castigaste» (Is. 26:16). En la aflicción Él los halla de rodillas en devoción; pero en la prosperidad los siente pateando con desprecio. Derraman oración en la angustia, pero apenas dejan caer una gota cuando son librados.

Segundo, hay una renuencia en nuestro servicio a Dios. Somos reacios a entrar en Su presencia, y cuando entramos, reacios a permanecer en ella. No rendimos homenaje de corazón a Él como a nuestro Señor y Gobernador. No lo consideramos como a nuestro Maestro, cuyo trabajo debemos hacer y cuya honra debemos buscar.

Primero, en cuanto a la *materia* del servicio, cuando se ofrece a Dios lo cojo, lo enfermo y lo desgarrado. Pensamos que nuestros tiempos más fríos y muertos son los más aptos para rendir servicio a Dios. Cuando el sueño está por cerrar nuestros ojos y somos incapaces de servirnos a nosotros mismos, consideramos apropiado abrirle nuestro corazón a Dios. ¡Cuán pocos *sacrificios matutinos* recibe Dios de muchos individuos y familias! Los hombres saltan de sus camas para correr tras los placeres carnales o los negocios del mundo, sin pensamiento alguno en su Creador y Preservador,

ni reflexión en Su voluntad como regla de nuestra obediencia diaria. ¡Cuántos se resisten a dar a Dios su mejor tiempo y le reservan la parte enfermiza y reumática de sus vidas—los restos de lo que el diablo y sus propios apetitos han devorado! Dios pide lo mejor, y le damos lo peor.

Segundo, en cuanto al *estado de la mente*, pensamos que cualquier disposición interior sirve para Dios, lo cual muestra nuestro desprecio hacia Él como gobernante. El hombre, por naturaleza, cumple con el deber con un corazón impío, y por ello se convierte en abominación delante de Dios. «El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable» (Pr. 28:9). Los servicios que Él manda, los aborrece cuando se realizan con un corazón perverso o con un fin corrupto: «Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas» (Am. 5:21). Dios requiere servicios piadosos, y le damos servicios corruptos. No despertamos nuestro corazón. No hay en la observancia de Dios aquel vigor natural que tenemos en los negocios del mundo.

Esto también es evidente en las distracciones que tenemos en Su servicio. ¡Cuán reacios somos a servir a Dios con concentración por una hora, o aun por una parte de ella, a pesar de todos los pensamientos acerca de Su majestad y de la eternidad de gloria puesta ante nuestros ojos!

El cansancio en servir a Dios es otra evidencia de nuestra falta de disposición. Estar cansado de nuestra frialdad es señal de deseo; estar cansado del servicio es señal de descontento ante el gobierno de Dios. ¡Cuán fatigados estamos en el cumplimiento de los deberes espirituales, cuando en las vanidades temporales tenemos un movimiento perpetuo! ¡Cuántos están dispuestos a festejar toda la noche, cuyos corazones se hundan al mismo umbral de un servicio religioso! Amós menciona a algunos que deseaban que la luna nueva y el día de reposo pasaran, para poder volver a sus asuntos mundanos (Am. 8:5). El desprecio hacia el Sabbath era desprecio hacia el Señor del Sabbath, y hacia aquella libertad del yugo y del dominio del pecado que el Sabbath significaba.

6. Este desprecio se ve en abandonar la regla de Dios cuando nuestras expectativas no son respondidas al servirle. Cuando los servicios se realizan desde principios carnales, pronto se abandonan cuando los fines carnales no se satisfacen. Pero cuando reconocemos que somos siervos de Dios y que Dios es nuestro Señor, nuestros ojos esperan en Él hasta que «tenga misericordia de nosotros» (Sal. 123:2). Parte de nuestro deber hacia Dios es “perseverar en la oración” (Col. 4:1–2), y en todo otro servicio: «velando en ella con acción de gracias». Velar para encontrar ocasiones de alabanza. Velar

con gozo por más manifestaciones de Su voluntad, fuerza para cumplirla, éxito en la obediencia, para sacar de todo ello materia de gratitud.

Pero, naturalmente, abandonamos nuestro deber hacia Dios si Él no nos concede pronto la bendición que esperamos. ¡Cuántos murmuran secretamente: «¿Qué es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a él?» (Job 21:15)! No sirven a Dios por conciencia de Sus mandamientos, sino por alguna ganancia carnal; y si Dios los hace esperar, no perseveran, sino que dejan de buscarle. Como algunos mendigos: si no respondes a su súplica llamándote “maestro bueno”, pronto cambian la bendición por la maldición.

La naturaleza corrupta querría tener a Dios a su disposición y traza un curso de deber según la esperanza de algún provecho carnal, y no por un sentido de la soberanía de Dios.

7. Este desprecio se manifiesta en quebrantar las promesas hechas a Dios. El hombre hace votos de nueva obediencia y quizá se ata con juramentos, pero resultan como la calabacera de Jonás: se secan al día siguiente. El temor a la ira de Dios hace que muchos pecadores den la espalda a su pecado, pero el amor a su concupiscencia dominante les hace dar la espalda a su verdadero Señor. Esto proviene de la fuerza del pecado, que disputa con Dios por la soberanía.

Consideremos, entonces:

¿No estamos naturalmente inclinados a desobedecer la voluntad conocida de Dios? ¿Podemos decir: “Señor, por tu causa nos abstenemos de aquello a lo cual se inclina nuestro corazón”? ¿No nos permitimos ser descuidados, terrenales, vanos, orgullosos, vengativos, aunque sepamos que le ofendemos? ¿No hemos resistido Su voluntad declarada? ¿No hemos corrido en contra de Él y de las leyes que más expresan la gloria de Su santidad? ¿No es esto desconocerle como nuestra regla? ¿No deseamos a veces que no hubiera ley que nos atara, ni precepto que restringiera nuestros ídolos? ¿Qué es esto sino desear que Dios se deponga a sí mismo de ser nuestro Gobernador y nos deje a nuestra propia dirección? Es desear que Él fuese tan impuro como nosotros, tan indiferente a Su propia ley como lo somos nosotros. En otras palabras, que dejara de ser Dios, y se convirtiera en un dios tan pecador e injusto como nosotros mismos. Porque todo aquel cuyo corazón se levanta contra la ley de Dios para abolirla, en realidad se levanta contra el Autor de esa ley, pretendiendo des-divinizarlo. Este es el origen de todo pecado y la fuente de toda nuestra miseria. Esta es la primera cosa que el hombre desconoce: la regla que Dios le ha establecido.

2. El hombre, por naturaleza, admite cualquier regla excepto la que Dios prescribe.

La ley de Dios ordena una cosa, el corazón del hombre desea otra. No hay cosa más vil en el mundo a la que el hombre no prefiera someterse antes que a la santidad de Dios. Cuando algo que Dios manda contradice nuestras propias voluntades, lo valoramos tanto como el consejo de un pobre mendigo.

a. *La regla de Satanás*

La regla de Satanás es admitida antes que la regla de Dios. El hombre natural prefiere estar bajo la guía de Satanás que bajo el yugo de su Creador. Adán lo eligió como su gobernador en el Paraíso. Apenas Satanás habló de Dios con burla: «¿Conque Dios os ha dicho...?» (Gn. 3:1, 5), cuando el hombre siguió su consejo y aprobó la mofa. La mayor parte de su posteridad no ha sido más sabia por su caída, sino que prefieren vagar por el desierto del diablo antes que permanecer en el redil de Dios. Es por el pecado del hombre que el diablo se ha convertido en el dios de este mundo, como si los hombres lo hubieran elegido para su gobierno. Pecar es elegirlo como señor y poner el alma bajo su dominio. Los que viven conforme al curso de este mundo y no quieren desagradarlo están bajo el gobierno del príncipe de este siglo. Puesto que la mayor parte de la adoración en el mundo —hacia la cual se inclina naturalmente el corazón corrupto de los hombres— es contraria a la voluntad revelada de Dios, tal adoración no es otra cosa que un reconocimiento práctico del diablo como gobernador. Por lo tanto, los hombres deben tener gran cuidado de seguir la regla de Dios en sus actos de adoración, de lo contrario, su culto es admitir al diablo como regla. Todo lo que no proviene de Dios proviene de Satanás.

Pero para acercarlo más a nosotros y considerar lo que es más común entre nosotros: los hombres que están en estado natural y casados con sus concupiscencias están bajo el gobierno paternal de Satanás. «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer» (Jn. 8:44). Si dividimos el pecado en espiritual y carnal, la autoridad del diablo se reconoce en ambos. En el pecado espiritual, nos conformamos a su *ejemplo*, porque él mismo lo comete. En el pecado carnal, obedecemos su *voluntad*, porque él lo ordena. Él practica el uno y nos da el *modelo*; nos tienta al otro y nos da un tipo de *precepto*. El hombre por naturaleza preferiría estar atado con las cadenas de hierro del diablo que con los lazos de seda de Dios. ¿Qué mayor ateísmo puede haber que tratar a Dios como si fuese inferior al diablo?

b. La regla de los hombres

La regla más visible, preferida en el mundo antes que Dios, es el hombre. La opinión del mundo es más nuestra regla que el precepto de Dios. La abstinencia de muchos hombres respecto al pecado no nace de un sentido de la voluntad divina, ni siquiera de un principio de razón, sino del afecto hacia alguien de quien dependen, o del temor al castigo de alguien que los gobierna. Este es el mismo principio que en una bestia salvaje, que se abstiene de lo que desea solo por miedo al palo o al látigo. Los hombres andan con la manada, siguen la moda de la mayoría, hablan y actúan como la mayoría hace. Mientras nos conformamos al mundo, no podemos rendir un «culto racional» a Dios, ni probar ni aprobar en la práctica «cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». El apóstol los pone en oposición el uno al otro en Romanos 12:1–2.

Esto se manifiesta,

1. Al cumplir más con los dictados de los hombres que con la voluntad de Dios. El temor al hombre restringe más poderosamente a los hombres en su deber que el temor a Dios.

2. Al observar la voluntad de Dios, no simplemente porque es Su voluntad, sino porque los hombres la ordenan. Si hacemos la voluntad de Dios porque los superiores lo mandan, estamos obedeciendo al hombre y no a Dios. Esto es hacer a Dios inferior al hombre en nuestra estima. Todo lo que los hombres hacen que parece virtud moral, no por obediencia a la regla de Dios, sino por costumbre, necesidad, ejemplo o imitación, más bien puede decirse que lo hacen como simios, y no como cristianos.

3. Al obedecer la voluntad del hombre cuando es contraria a la voluntad de Dios. Se dice que los hombres niegan a Dios cuando atienden a fábulas judaicas y mandamientos de hombres en lugar de la Palabra de Dios (Tit. 1:16), como cuando los decretos de hombres falibles son valorados más que los escritos del Espíritu Santo por Sus apóstoles.

Así como el hombre naturalmente desconoce la regla que Dios le ha establecido, y admite cualquier otra regla distinta a la prescrita por Dios, y así,

3. Lo hace con el fin de erigirse a sí mismo como su propia regla.

El hombre procede así para erigirse a sí mismo como su propia regla, como si nuestra voluntad —y no la de Dios— fuese el verdadero patrón y medida de la bondad. De este modo, convertimos en ídolo nuestra propia

voluntad. En la medida en que el yo es exaltado, Dios es depuesto. La verdadera piedad consiste en aborrecerse a sí mismo, negarse a sí mismo y aferrarse únicamente al servicio de Dios. Hacernos a nosotros mismos nuestra regla y el objeto de nuestro principal amor es ateísmo. Si la negación de uno mismo es la parte más grande de la piedad, la gran letra en el alfabeto de la religión, el amor propio es la gran letra en el alfabeto del ateísmo práctico. El yo es el gran anticristo y anti-Dios en el mundo, que se levanta «contra todo lo que se llama Dios» (2 Ts. 2:4). El amor propio es el capitán de esa turba tenebrosa (2 Ti. 3:2). Se sienta en el templo de Dios y quiere ser adorado como Dios. Esta es la razón de la contienda entre la carne y el Espíritu en el corazón del hombre renovado. La carne pelea por la divinidad del yo, y el Espíritu pelea por la divinidad de Dios. El uno quiere establecer el trono del Creador, y el otro mantener una ley de codicia, ambición, envidia y lujuria en lugar de Dios.

a. Evidencias de que el hombre es su propia regla

Esto se demuestra en las siguientes proposiciones:

Proposición 1. Esto es natural al hombre corrupto. El veneno del pecado de Adán se transmite naturalmente con su naturaleza a toda su posteridad. Adán no se propuso comer una manzana prohibida ni simplemente agradar a su paladar. El supremo anhelo del hombre fue vivir independientemente de su Creador y erigirse en dios para sí mismo. «Seréis como dioses» (Gn. 3:5). Aspiró a ser como Dios —«He aquí, el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal» (Gn. 3:22)— en autosuficiencia y autogobierno. Esta rebelión traidora es el viejo Adán que habita en todo hombre. El primer Adán contradijo la voluntad de Dios para exaltarse a sí mismo; el segundo Adán se humilló a sí mismo y no hizo nada aparte del mandamiento y la voluntad de Su Padre. El principio en el que yace el veneno del viejo Adán debe ser crucificado para dar lugar al trono del principio humilde y obediente del nuevo Adán, el Espíritu vivificante. En efecto, el pecado en su propia naturaleza no es otra cosa que la voluntad propia y contraria a la voluntad de Dios. Por eso las concupiscencias son llamadas «la voluntad de la carne y de los pensamientos» (Ef. 2:3).

Proposición 2. Esto es evidente en la insatisfacción de los hombres con sus conciencias cuando contradicen los deseos del yo. La conciencia es el conocimiento activado por y reflejando un poder superior y una ley justa. Es la impresión de la ley, y un poder por encima de ella imprimiéndola. La conciencia no es el legislador, sino el testigo y recordatorio de la ley de la naturaleza impresa en nuestras almas. Ella nos confronta con el deber y la

sanción, aplica la norma divina a nuestros actos y pronuncia juicio sobre nuestras obras.

Pero el hombre está muy disgustado con las indicaciones de la conciencia, como también está enemistado con las acusaciones y la sentencia condenatoria de este oficial de Dios. Por eso «como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios» (Ro. 1:28), es decir, a Dios en sus propias conciencias.

Si somos semejantes a Dios en algo por naturaleza, es en la parte más espiritual de nuestras almas. Resistir aquello que es más semejante a Dios y que hace las veces de Dios en nosotros es desconocer al Soberano representado por el oficial. Nuestro maltrato al delegado de Dios en nosotros recae sobre el mismo Dios cuya causa defiende. Los hombres odian el lenguaje justo de su propia razón y desean el silencio eterno de sus conciencias, porque la conciencia defiende los derechos de Dios e impide que el ídolo del yo usurpe Su divinidad y Su prerrogativa.

Proposición 3. Muchas, si no la mayoría, de las acciones materialmente buenas se hacen más porque son agradables al yo que porque son honorables a Dios. La Palabra de Dios puede ser oída, no *como* Su Palabra (1 Ts. 2:13), sino porque en ella puede haber nociones agradables o discursos contra una opinión o partido que detestamos. De la misma manera, la voluntad de Dios puede cumplirse, no *como* Su voluntad, sino porque puede gratificar alguna consideración egoísta. Queremos agradecer a Dios en la medida en que no nos desagrade a nosotros mismos, y servirle como a nuestro Señor en la medida en que Su mandamiento pueda servir a nuestro deleite. No consideramos Quién manda, sino si lo mandado desagrade al pecado que reina en nuestro corazón; y seleccionamos aquello que es menos gravoso para la carne y menos desagradable a nuestras concupiscencias.

Quien hace la voluntad de Dios, no por conciencia de que es Su voluntad, sino porque le es agradable a sí mismo, derriba la voluntad de Dios y establece la suya propia en su lugar. Le quita la corona a Dios y se la coloca a sí mismo.

b. Cómo el hombre es su propia regla

1. En cuanto las cosas son conformes al yo natural o moral. Cuando los hombres practican la religión y andan en los preceptos divinos, no porque sean divinos, sino porque concuerdan con su gusto o constitución natural, esto no es observancia del mandamiento de Dios, sino obediencia a sí mismos. No proviene de un sentido sincero de la autoridad de Dios ni de una sumisión voluntaria a Su voluntad. Un hombre evitará el exceso en la bebida, no porque sea deshonoroso a Dios, sino porque mancha su reputación o daña su salud. Un hombre será liberal en caridad, no con miras al precepto divino,

sino por su propia compasión o generosidad natural. Solo sostenemos los derechos de Dios cuando guardamos Su regla sin someterla al examen de nuestro interés terrenal ni consultarla con los caprichos de la carne y la sangre. No rehusaremos Su servicio, aun cuando descubramos que se opone a nuestro deleite natural.

Un hombre puede cometer maldad en privado cuando su reputación le impide cometerla en público. Cuando, contra el mandamiento conocido de su Creador, un hombre se ha propuesto entrar a un burdel, la consideración de su propio honor puede impedirle la entrada. Nuestra seguridad y reputación, entonces, son erigidas en el lugar de Dios.

Esto también ocurre en los hombres renovados, quienes tienen la ley escrita en sus corazones. Ellos poseen una disposición habitual a estar de acuerdo con la ley de Dios. Pero cuando actúan respecto a esta inclinación habitual, sin atender al precepto divino que ha sido establecido como su regla, erigen a una criatura (como lo es el yo renovado) en lugar del Creador. Suplantán así aquella ley de Su Palabra que debe ser la norma de nuestras acciones. Tal es el caso cuando los hombres eligen una vida moral, no tanto por respeto a la ley de la naturaleza como ley que viene de Dios, sino como ley que armoniza con sus almas y constituciones. Hay en esto más de yo que de consideración hacia Dios. Si fuese por consideración a Dios, Su ley revelada sería recibida por la misma razón, tanto como Su ley natural. De este principio de amor propio, algunos elevan la moralidad por encima de los dictados evangélicos.

2. En cuanto son conformes al yo pecaminoso. Los mandamientos de Dios no fueron dados para sostener las corrupciones de los hombres. La ley misma tampoco incita o reaviva el pecado (Ro. 7:8-9). Más bien, el tropiezo proviene de nosotros: es una ocasión tomada, no concedida, un pretexto que la turbulencia de nuestra naturaleza depravada aprovecha para rebelarse. Los fariseos eran devotos en largas oraciones para satisfacer su ambición, para amontonar combustible para su avaricia. «Devoráis las casas de las viudas, y por pretexto hacéis largas oraciones» (Mt. 23:14). Este tipo de servicio no se rinde a Dios por amor a Él, sino a nosotros mismos, por amor a nuestras concupiscencias.

3. En cuanto descuidamos la dirección de Dios en tiempos de necesidad. Esto se sigue del texto: «No hay quien busque a Dios» (Ro. 3:11). Cuando no consultamos con Él, sino que confiamos más en nuestra propia voluntad y consejo, nos erigimos en nuestros propios gobernadores y señores, independientes de Él. Somos nuestros propios consejeros y manejamos nuestros asuntos sin Su permiso ni ayuda. Actuamos como si nuestras obras

estuviesen en nuestras manos y no en las manos de Dios (Ec. 9:1). Si debemos familiarizarnos con Dios antes de decretar cosa alguna (Job 22:21), entonces decretar algo sin contar con Él es preferir nuestra sabiduría ciega a la sabiduría infinita de Dios.

4. En cuanto juzgamos las acciones de los demás como buenas o malas según concuerden o se opongan a nuestros caprichos y deseos. La virtud se convierte en crimen y el vicio en virtud, según convenga o no a nuestros deseos. Muchos no hallan otra razón para censurar las acciones ajenas sino el que no se ajustan a su propia voluntad. Pretendemos que todos los hombres se rijan por nuestra dirección. Así, hacemos del yo la medida y regla de lo bueno y lo malo, y no de la voluntad de Dios, que es la única norma legítima de juicio.

Consideremos, pues: ¿No es esto muy común? ¿No estamos naturalmente más dispuestos a desagradar a Dios que a desagradarnos a nosotros mismos, cuando se nos presenta la necesidad de elegir entre uno y otro? ¿No contradicen nuestros juicios con frecuencia el juicio de Dios? ¿Damos a Sus leyes más respeto que a nuestros propios sentimientos? ¿Evitamos cuidadosamente manchar Su honor cuando compite con el nuestro? La vida de la mayoría de los hombres consiste en agradarse a sí mismos, sin arrepentimiento de haber desagradado alguna vez a Dios. ¿No es esto des-divinizar a Dios, divinizarlos a nosotros mismos y desconocer la propiedad que Él tiene de nosotros por creación y cuidado? Es el honor de toda criatura racional servir a la Primera Causa de su ser, así como el bienestar de toda criatura consiste en el orden y movimiento proporcionado de sus miembros según la ley de su creación.

Quien actúa según su propia ley claramente peca contra Dios, la suma sabiduría y el sumo bien, perturba el orden del mundo y anula el designio de la justicia y santidad de Dios. La ley de Dios es la regla de aquel orden que Él quiso establecer en el mundo. El que hace de otra ley su regla expulsa el orden del Creador y establece el desorden de la criatura.

Esto será aún más evidente en el cuarto punto.

4. El hombre pretende erigirse en regla de Dios y dictar leyes a su propio Creador.

Estamos dispuestos a que Dios sea nuestro bienhechor, pero no nuestro gobernante. Estamos contentos de admirar Su excelencia y rendirle adoración, siempre y cuando Él camine conforme a nuestra regla. En vez de obedecerle, quisiéramos que Él nos obedeciera. En vez de reconocer y

admirar Sus perfecciones, quisiéramos que Dios se despojara de Su infinita excelencia y se vistiera de una naturaleza conforme a la nuestra. Esto no es solo erigir al yo como ley de Dios, sino también hacer de nuestras propias imaginaciones el modelo de la naturaleza de Dios.

El hombre corrupto se complace en acusar o sospechar de las acciones de Dios. No quisiéramos que actuara conforme a Su naturaleza, sino que hiciera lo que nos gratifica y se abstuviera de lo que nos desagrada.

Esto se evidencia:

1. Al contender contra Su ley. ¡Cuántos hombres dan a entender con sus vidas que quisieran que Dios fuese depuesto de Su gobierno y que algún ser injusto ocupara Su trono! «Dejaron mi ley, la cual di delante de ellos, y no obedecieron a mi voz, ni caminaron conforme a ella, sino que anduvieron tras la imaginación de su malvado corazón» (Jer. 9:13).

Cuando un acto es conocido como pecado, y la ley que lo prohíbe reconocida como ley de Dios, y aun así persistimos en él, acusamos Su sabiduría, como si Él no entendiera lo que nos conviene. Quisiéramos “enseñar a Dios sabiduría” (Job 21:22). Es un deseo implícito de que Dios haya dejado a un lado la santidad de Su naturaleza y establecido una ley que complazca nuestras concupiscencias. Cuanto más resplandecen el amor, la bondad y la santidad de Dios en un mandamiento, tanto más naturalmente nos rebelamos contra él, arrojando sobre Dios la acusación de necedad, injusticia y crueldad, como si hubiéramos podido aconsejarlo y guiarlo mejor. En Su bondad, Dios señaló un día para Su adoración, a fin de que nosotros conversáramos con Él y Él con nosotros, y para que nuestras almas fueran refrigeradas con Sus comunicaciones espirituales. Pero preferimos usarlo para el descanso de nuestros cuerpos más que para el adelanto de nuestras almas, como si Dios se hubiese equivocado e injuriado a Su criatura cuando nos urgió a la parte espiritual del deber. Toda desobediencia a la ley es implícitamente dar leyes a Dios y acusarlo de no haber provisto mejor para Su criatura.

2. Al desaprobamos los métodos del gobierno de Dios en el mundo. Si los consejos del cielo no giran conforme a nuestros planes, en vez de adorar la insondable profundidad de Sus juicios, lo llevamos al tribunal y lo acusamos. Exigimos cuentas a Dios, como si no hubiera obrado con rectitud y sabiduría, y debiera someter Sus procedimientos a nuestro tribunal. Con ello nos colocamos por encima de Él y pretendemos instruirle, como si Él obstaculizara Su propia obra y la del mundo por no habernos hecho partícipes de Su consejo secreto.

¿No se manifiesta esto en nuestras quejas desmedidas de los tratos de Dios con Su iglesia? ¿Hay frialdad en los afectos de Dios hacia Su iglesia y solo en nosotros un ardiente celo por ella? Este es el origen de aquellos deseos importunos de cosas que Dios nunca prometió, como si quisiéramos sobreponernos a Él para que se ajuste a nuestros deseos. Tenemos la ambición de ser tutores de Dios y dirigirlo en Sus consejos. «¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?» (Ro. 11:34).

Cuando alguno de nuestros amigos ha sido herido por la vara en contra de nuestra voluntad, ¿no se han inflamado nuestros corazones en quejas contra Dios, como si Él no hubiera reconocido la bondad de tal persona, ni la hubiera visto con nuestros ojos, ni la hubiera valorado según nuestra propia estima de él? Si es paciente con los impíos, somos prontos a disputar Su santidad y acusarlo como enemigo de Su propia ley. Si inflige severidad a los justos, estamos listos a sospechar de Su bondad.

¡Cuán irrazonable es imponer leyes a Dios! ¿Debe Dios gobernar conforme a los dictados de Su criatura? Esto no es que Él sea Dios, sino sentar a la criatura en Su trono.

3. En la impaciencia respecto a nuestras preocupaciones particulares. Los hombres a menudo acusan a Dios en sus quejas cuando son afligidos. El Espíritu Santo elogió a Job porque «en todo esto»—es decir, en esas muchas olas que cayeron sobre él—«no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (Job 1:22). Nunca habló ni pensó cosa indigna de la majestad y justicia de Dios. Sin embargo, más adelante lo encontramos tambaleándose, cuando llama a su aflicción opresión de parte de Dios y no un acto de Su bondad: «¿Te parece bien que oprimas, que deseches la obra de tus manos...?» (Job 10:3). Parece acusar a Dios de injusticia por castigarlo cuando no era impío, por lo cual apela a Dios: «Tú sabes que no soy impío» (v. 7).

Si nuestros proyectos fracasan, ¡nuestros corazones se irritan contra el gobierno de Dios! Qué feas pasiones hierven en nosotros. Cuando nos quejamos de los instrumentos de Dios en nuestras aflicciones, Dios lo cuenta como un reflejo contra Él mismo. Los israelitas, al murmurar contra Moisés, en la interpretación de Dios, estaban rebelándose contra Él (Nm. 16:41 comparado con 17:10). Toda rebelión es siempre un deseo de imponer leyes y condiciones sobre aquellos contra quienes se levanta.

Los hombres se atribuyen un alto valor y se indignan cuando Dios no los estima en la misma medida. Con ello invalidan Su juicio, lo condenan y se tienen por justos, como declara Job 40:8. Esta es la enfermedad epidémica de la naturaleza humana: pensar que merecemos caricias en vez de varas.

Así, cuando estamos bajo la cruz, mostramos mayor disposición a desgarrar el corazón de Dios que a examinar humildemente el nuestro. ¡Qué ejemplo de ateísmo práctico es este, desear que la infinita sabiduría de Dios sea guiada por nuestra necedad!

4. Esto se evidencia en la envidia hacia los dones y prosperidades de otros. La envidia tiene una profunda tintura de ateísmo práctico y es causa de ateísmo. No estamos dispuestos a permitir que Dios sea el propietario y haga lo que quiera con lo Suyo. Nos tomamos la libertad de dictar a Dios cuánto, cuándo y cómo debe conceder Sus dones a las criaturas. No le permitimos escoger a Sus propios favorecidos ni designar a Sus propios instrumentos para Su gloria, como si tuviera que pedirnos consejo acerca de la distribución de Sus beneficios. Esta inclinación es natural al hombre y tan antigua como los primeros días del mundo. La pasión que Dios había dado a Caín para emplearla contra su pecado, él la volvió contra su Creador; y así se irritó contra Dios (Gn. 4:5) y contra Abel. Pero la raíz fue la envidia, porque el sacrificio de su hermano fue aceptado y el suyo rechazado. La envidia no cesará hasta que todo ateísmo sea desterrado, y esto será en el cielo.

Este pecado es una imitación del diablo, cuyo primer pecado en la tierra fue la envidia, así como su primer pecado en el cielo fue el orgullo. Es un enojo contra Dios porque no nos ha dado una patente de gobierno.

Esta es una parte irracional del ateísmo. Si todos estuvieran en el mismo estado y condición, se alteraría el orden del mundo. ¿Está Dios obligado a cuidarte a ti y a desatender al resto del mundo? «¿Se dejará la tierra por tu causa?» (Job 18:4). José habría tenido razón para disgustarse con sus hermanos si hubieran murmurado cuando dio a Benjamín una porción doble y a los demás una sencilla. No era propio de ellos, que no merecían ningún don, prescribirle reglas sobre cómo debía repartir sus dádivas. ¡Cuánto más indigno es tratar así a Dios!

5. Esto se evidencia en la corrupción del objeto o de los motivos de la oración y la alabanza. Insistimos en pedir cosas de las que no sabemos si la justicia, santidad y sabiduría de Dios pueden conceder, porque Él no ha prometido otorgarlas. Queremos entonces imponer condiciones a Dios que Él nunca se obligó a cumplir. Oramos, no tanto para glorificar a Dios, que debería ser el fin de la oración, sino para satisfacernos a nosotros mismos. Reconocemos que hay un Dios, pero queremos que Él deje de ser Dios para ponerse a nuestro servicio y conveniencia. Deseamos aquellas cosas que violan los atributos con los que Él gobierna el mundo. A veces, con algunos servicios superficiales pensamos haber obtenido indulgencia para pecar, como la ramera que, al pagar sus votos, se sintió más libre para revolcarse

en el lodo: «Sacrificios de paz había prometido; hoy he pagado mis votos» (Pr. 7:14).

El hombre pretende imponer leyes a Dios contrarias a Su voluntad revelada y a Su sabiduría cuando, por ejemplo, ora pidiendo salvación pero descuida los medios que Dios mismo ha señalado. Suplica ser renovado, mientras ignora la Palabra, único instrumento ordenado para tal fin. Cuando nos presentamos delante de Dios con concupiscencias fermentando en el corazón y saltamos del pecado al deber, lo que hacemos es pretender que la corrupción de nuestra alma dicte la norma a la santidad divina. Y cuando en medio de la aflicción hacemos votos, ¿no son muchas veces sino un artificio oculto para doblegar a Dios y halagarlo bajo nuestras propias condiciones? Prometemos servirle si Él nos restaura, como si pudiéramos reducirlo a nuestros términos y someterlo a nuestros designios.

6. Esto se evidencia en interpretaciones positivas y temerarias de los juicios de Dios en el mundo. Generalmente, interpretar los juicios de Dios en perjuicio del que sufre es presunción. Solo si es un juicio inusual, y tiene una mano notable de Dios en él, y el pecado está claramente señalado en la aflicción, [puede ser apropiado]. Los hombres juzgarán que los galileos, cuya sangre Pilato mezcló con los sacrificios, eran más pecadores que otros, y se considerarán a sí mismos justos porque ninguna gota de ello cayó sobre ellos.

De este modo erigimos nuestras propias voluntades como ley sobre Dios, interpretando Sus actos según los movimientos del yo. ¿No es acaso demasiado común que, cuando Dios envía aflicción sobre quienes nos aborrecen, lo juzguemos como si fuese enderezar nuestra causa, como fruto de Su cuidado por vengar nuestras injurias, como si hubiésemos escuchado los secretos de Su consejo? Tal juicio no es otra cosa que amor propio disfrazado.

7. Esto se evidencia en añadir reglas al culto de Dios además de las que Él ordenó. Dado que los hombres son propensos a vivir por los sentidos, no es de extrañar que el culto que deslumbra los sentidos externos les sea más querido. Para ellos, la adoración espiritual es la más repugnante. Los ritos pomposos han sido el arma poderosa con la que el diablo ha engañado las almas y las ha llevado a despreciar la simplicidad del culto divino como indigna de la majestad y excelencia de Dios (2 Co. 11:3).

Los israelitas, en medio de milagros y bajo la memoria de una liberación famosa, erigieron un becerro. Los fariseos, sentados en la cátedra de Moisés, añadían sus propias tradiciones (Mt. 23:2-4); y Jeroboam, con fines políticos, instituyó un culto espurio y levantó becerros de oro (1 R. 12:27-28). ¡Cuántas veces se ha tenido como regla más auténtica para el culto la práctica de la

iglesia primitiva, la costumbre en que fuimos criados y la visión de nuestros antepasados, que la mente de Dios revelada en Su Palabra! Es natural por creación adorar a Dios; y es igualmente natural por corrupción que el hombre lo adore a su manera y no a la de Dios. ¿No es esto imponer leyes a Dios? La mayoría de los hombres valoran sus propias imaginaciones como si fueran oráculos divinos. Esto no solo es imponer leyes a Dios, sino también hacer del yo la medida de ellas.

8. Esto se evidencia en adaptar las interpretaciones de la Escritura a nuestras propias ideas. Así como Dios es el autor de Su ley y de Su Palabra, también es el mejor intérprete de ella. La Escritura lleva la impronta de la sabiduría, santidad y bondad divinas, y debe ser considerada conforme a esa impronta, con sumisión, mansedumbre y reverencia hacia Dios. Pero cuando, al escudriñar la Palabra, no consultamos a Dios sino a la carne y la sangre, a las corrientes de nuestro tiempo o a la complacencia de aquella tendencia con la que simpatizamos, e imponemos interpretaciones dictadas por nuestras propias imaginaciones, entonces pretendemos legislar sobre Dios mismo y hacemos del yo la regla de Su verdad. El que interpreta la ley para sostener su apetito vehemente contra la voluntad del Legislador, se atribuye a sí mismo tanta autoridad como Aquel que la promulgó.

9. Esto se evidencia en apartarse de Dios cuando Su voluntad contradice la nuestra. Caminan con Él mientras les complace y lo abandonan al primer disgusto. Es como si Dios debiera atender más a sus caprichos que ellos a Su voluntad. El joven rico no vino a recibir instrucciones de nuestro Salvador, sino a esperar la confirmación de sus propias reglas (Mr. 10:17, 22). Buscaba aprobación más que dirección, y al quedar desilusionado, se volvió atrás. Algunas verdades que nos quedan más lejanas podemos escucharlas con gusto; pero cuando otras comienzan a doler en la conciencia, si Dios no se ajusta a nuestras voluntades, seremos, como Herodes, una ley para nosotros mismos (Mr. 6:20, 27).

Podrían observarse más ejemplos: ingratitud, deseos insaciables de riquezas, incorregibilidad bajo la aflicción, etc.

III. El hombre, su propio fin⁶ y felicidad

El segundo asunto principal: así como el hombre quiere ser ley para sí mismo, así también quiere ser su propio fin y felicidad en oposición a Dios.

Aquí se tratarán cuatro cosas:

1. El hombre quiere hacer de sí mismo su propio fin y felicidad.
2. Quiere hacer de cualquier cosa su fin y felicidad antes que de Dios.
3. Quiere hacer de sí mismo el fin de todas las criaturas.
4. Quiere hacer de a sí mismo el fin de Dios.

1. El hombre quiere hacerse a sí mismo su propio fin y felicidad.

Así como Dios debe ser reconocido como la primera causa en nuestra dependencia de Él, así también debe ser el fin supremo en nuestro deleite en Él. Cuando confiamos en nosotros mismos, lo rechazamos como primera causa; y cuando actuamos para nosotros mismos y esperamos de nosotros mismos la bienaventuranza, lo rechazamos como el sumo bien y último fin. Esto es, innegablemente, una forma de ateísmo. El hombre, como criatura superior a todas las demás, no fue creado para glorificar a Dios únicamente de manera material, como lo hacen los animales, las plantas y las demás obras de Su poder. Antes bien, fue hecho criatura racional, para honrar a Dios de manera intencional mediante la obediencia a Su ley, la dependencia de Su bondad y el celo por Su gloria. Por lo tanto, el hombre menosprecia a Dios tanto cuando se erige a sí mismo como su propio fin, como cuando se erige a sí mismo como su propia ley.

a. El amor propio y el hombre haciéndose a sí mismo su propio fin

Hay tres clases de amor propio:

1. El natural, que nos es común por la ley de la naturaleza con otras criaturas, tanto inanimadas como animadas, y que está tan íntimamente ligado con la naturaleza de toda criatura que no puede ser disuelto sino con la disolución de la naturaleza misma. La sabiduría y bondad de Dios no crearon una naturaleza antinatural, ni mandaron algo antinatural. Cuando Él nos manda sacrificar nuestras vidas por Él, no es sin prometer un estado más noble en intercambio por lo que perdemos. Este amor propio no solo es legítimo, sino también necesario, pues sirve como regla para medir el deber

⁶ **fin**: razón de ser; propósito; meta.

que debemos a nuestro prójimo. En efecto, no podríamos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos si no nos amáramos primero a nosotros mismos. Dios plantó este amor propio en nuestra naturaleza y hace de este principio natural la medida de nuestro afecto hacia toda la humanidad, de la misma sangre que nosotros.

2. El carnal. Este se manifiesta cuando un hombre se ama a sí mismo por encima de Dios, en oposición a Dios o con desprecio hacia Dios. Es cuando nuestros pensamientos, afectos y designios se centran únicamente en nuestro interés carnal. Le robamos a Dios Su honra y se la entregamos a nosotros mismos. Así, el amor propio natural, bueno en sí mismo, se convierte en criminal por su exceso cuando quiere ser superior y no subordinado a Dios.

3. El piadoso. Este se manifiesta cuando nos amamos a nosotros mismos con fines más altos que nuestra mera naturaleza de criaturas. Nos amamos en subordinación a la gloria de Dios. Esto es la reducción de la criatura rebelde a su verdadero y feliz orden. Por eso se dice que el cristiano es creado en Cristo Jesús para buenas obras (Ef. 2:10). Así como todas las criaturas fueron creadas no solo para sí mismas sino para la honra de Dios, así también la gracia de la nueva creación lleva al hombre a responder a este fin y a ordenar todas sus acciones a la honra y complacencia de Dios.

El primero proviene de la creación, el segundo del pecado, el tercero de la gracia. El primero fue implantado por creación, el segundo por la corrupción, el tercero por la operación poderosa de la gracia.

El amor propio carnal es erigido en lugar de Dios como nuestro último fin, como el mar en el que desembocan todos los riachuelos y ríos de nuestras acciones.

Este amor propio es *natural*. Está tan arraigado en nosotros como nuestras almas. Es tan natural como el pecado, fundamento de todo el mal en el mundo. Así como el aborrecimiento de sí mismo es la primera piedra que se pone en la conversión, así el amor propio desordenado fue la primera entrada de toda iniquidad. Así como la gracia es un levantarse del yo para centrarse en Dios, así el pecado es un alejarse de Dios hacia el fango de un egoísmo carnal. ¿Qué es la ira sino la defensa del yo contra algún mal real o imaginario? ¿De dónde viene la envidia sino del amor propio, dolido por su falta ante el gozo de otro? ¿Qué es la impaciencia sino el lamento de que el yo no es provisto tan pronto como desearíamos? ¿Qué es el orgullo sino un sentido de auto-valía, un deseo de tener al yo en una elevación más alta que los demás? ¿Qué es la embriaguez sino buscar satisfacción para el yo sensual en los despojos de la razón? Ningún pecado se comete como pecado, sino

como pretendiendo satisfacer al yo. En verdad, el pecado bien puede llamarse el yo del hombre, pues se extiende y reviste cada parte de nuestra alma. El entendimiento no se adhiere a nada falso sino bajo la apariencia de verdad, ni la voluntad abraza nada malo sino bajo la apariencia de bien. Sin embargo, la regla con la cual medimos la verdad y la bondad de los objetos no es la Palabra infalible, sino las inclinaciones del yo, cuya gratificación llega a ser el fin de toda nuestra vida.

Pecado y yo son una misma cosa. Lo que en un lugar se llama vivir para el pecado (Ro. 6), en otro se llama vivir para sí mismo: «para que los que viven, ya no vivan para sí» (2 Co. 5:15). Y por esta razón tanto la palabra hebrea como la griega usadas en la Escritura para expresar el pecado significan propiamente errar el blanco y desviarse del objetivo al cual todas nuestras acciones deben dirigirse: la gloria de Dios. Cuando caímos a amarnos a nosotros mismos, caímos de amar a Dios. Por eso, cuando el salmista dice que no había quien buscara a Dios (como su último fin), añade enseguida: «Todos se desviaron» de su blanco verdadero, y por tanto «se han corrompido» (Sal. 14:3).

Por ser natural, también es *universal*. No buscar a Dios es tan común como nuestra ignorancia de Él. Todo hombre en estado natural lo posee de manera dominante; y todo hombre renovado, de este lado del cielo, lo conserva en parte. En el hombre natural esta disposición florece; en el renovado, se combate. Apuntar a la gloria de Dios como el fin supremo y no vivir para nosotros mismos es la mayor señal de la restauración de la imagen divina (2 Co. 5:15) y de la conformidad con Cristo. Él no se glorificó a Sí mismo (Hb. 5:5), sino al Padre (Jn. 17:4). Por tanto, todo hombre revolcándose en el lodo de la naturaleza corrupta rinde homenaje al yo, así como el hombre renovado se siente afectado por la honra de Dios.

El Espíritu Santo no excluye a nadie de este crimen: «Todos buscan lo suyo propio» (Fil. 2:21). Es raro que miren por encima o más allá de sí mismos. Sea cual sea el objeto inmediato de sus pensamientos e indagaciones, el fin y la meta supremos son siempre su propio provecho, honra o placer. Cualquiera que sea lo que ocupe de manera inmediata la mente y la voluntad, el yo se entrona como reina, empuña el cetro y dispone todas las cosas de tal modo que Dios queda excluido y no halla lugar en ninguno de sus pensamientos. «El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos» (Sal. 10:4). El pequeño mundo del hombre está tan anegado por el diluvio del yo, que la paloma — símbolo de la gloria del Creador— no halla dónde posar su pie. Y si alguna

vez el hombre le da entrada, es para disfrazarla y hacerla servir a algún proyecto carnal.

El poder de este principio es lo que hace tan difícil la conversión. No hay mayor deleite para un alma creyente que entregarse a Dios, ni mayor anhelo que tener una voluntad firme de servir a los designios del honor de Dios. De igual manera, no hay mayor tormento para el hombre impío que renunciar a sus fines carnales y derribar al Dagón del yo ante el arca de Dios (1 S. 5:3). Fue precisamente el amor propio y la alta opinión de sí mismos lo que impidió a los fariseos recibir la verdad. Buscaban la honra los unos de los otros, y no la honra que viene de Dios (Jn. 5:44). Este principio se infiltra en el ejercicio de las virtudes morales, se mezcla con nuestra caridad (Mt. 6:2) y halla alimento en las cenizas del martirio (1 Co. 13:3).

b. Ejemplos del hombre haciéndose a sí mismo su propio fin

Esto de hacernos nuestro propio fin aparece en algunas cosas:

1. En el frecuente autoaplausos y pensamientos de autoimportancia. No hay nada más común en la naturaleza de los hombres que embelesarse con sus propias perfecciones, adquisiciones o acciones. La mayoría piensa de sí más de lo que debiera pensar (Ro. 12:3–4). Son pocos los que piensan de sí con la humildad con que debieran pensar. Esto se adhiere a nosotros como la piel. Así como la humildad es la belleza de la gracia, esto es la suciedad más inmundada de la naturaleza. Nuestros pensamientos corren más deleitosamente tras la pista de nuestras propias perfecciones que tras la excelencia de Dios. Cuando hallamos algo de aparente valor que nos puede hacer brillar en los ojos del mundo, ¡con qué gozo nos abrazamos a nosotros mismos! Cuando los hombres han desechado la impiedad más grosera y contenido sus torrentes, la fuente de corrupción de donde brotaban no hace sino hincharse aún más en su interior. Se felicitan a sí mismos por su aparente reforma, sin reconocer sus debilidades ni anhelar la ayuda de Dios para un verdadero y mayor progreso. «Te doy gracias porque no soy como...este publicano» (Lc. 18:11). La autorreflexión con desprecio hacia el prójimo, en lugar de compasión, es frecuente en todo fariseo. De este principio proviene que seamos tan prontos a compararnos con los que están debajo de nosotros, más que con los que están por encima. A menudo pensamos que los que están por encima de nosotros son, en realidad, inferiores a nosotros.

Los graciosos autores de la Escritura estaban muy lejos de esto. Cuando fueron dirigidos por el Espíritu de Dios y llenos de Su sentido, en lugar de aplaudirse a sí mismos, publicaban sus propias faltas a la vista de todo el mundo.

2. En atribuirse la gloria de lo que hacemos o poseemos—a nuestra propia sabiduría, poder y virtud. ¡Cómo se envanecía Nabucodonosor ante la vista de Babilonia, que había levantado como cabeza de tan gran imperio! «¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué...?» (Dn. 4:30). Se paseaba orgulloso en su palacio, como si no hubiese otro Dios en el mundo más que él mismo. Consideraba a Babilonia como su cielo, y a sí mismo como su ídolo—como si él lo fuera todo, y Dios nada.

Cuando algo nos sale bien, estamos prontos a atribuirlo a nuestra prudencia e industria. Si encontramos oposición, nos enojamos contra las estrellas, la mala suerte, las causas segundas y, a veces, contra Dios, sin reconocer defecto alguno en nosotros mismos. Todo lo que sacrificamos a nuestro crédito, a la destreza de nuestras manos o a la sagacidad de nuestro ingenio, se lo restamos a Dios.

3. En desear doctrinas que complazcan al yo. No podemos soportar oír nada que se oponga a la carne, aunque el sabio nos dice: «Mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios» (Ec. 7:5). Si Micaías declara a Acab el mal que le sobrevendrá, Amón, el gobernador, recibirá órdenes de encerrarlo en una mazmorra (1 R. 22:26–27). Así como el fuego en cuanto toca materia combustible se enciende, así también se inflama la furia cuando el yo es pellizcado.

4. En preocuparnos mucho por las injurias hechas contra nosotros, y poco o nada por las injurias hechas contra Dios. Esto suele verse cuando la violación de la autoridad de Dios y la mancha de nuestra propia reputación van juntas. Nos duele más lo que nos deshonra a nosotros que lo que deshonra a Dios. Cuando Saúl había transgredido, pidió a Samuel que volviera con él para preservar su honra delante de los ancianos, en lugar de dolerse porque había quebrantado el mandamiento de Dios (1 S. 15:30).

5. En confiar en nosotros mismos cuando consultamos más nuestra propia sabiduría que inquirir de Dios y pedirle permiso. Emprendemos cosas en la fuerza de nuestras propias capacidades e industria, sin acudir a Dios por dirección, bendición y éxito. Reclamamos el privilegio de la Deidad y nos hacemos dioses de nosotros mismos. La confianza en nosotros mismos es una defección de Dios (Jer. 17:5). Ahora bien, no debemos descuidar la razón ni las facultades que Dios nos ha concedido. No es necesario invertir más tiempo en la oración que en la atención de nuestros asuntos, sino entretejer nuestras intenciones en los negocios con breves oraciones al cielo, llevando a Dios con nosotros en cada actividad. Pero, al mismo tiempo, ciertamente es idolatría del yo cuando somos más diligentes en atender a nuestra propia inteligencia que fervientes en buscar a Dios.

6. Servimos al yo carnal aun contra la luz de nuestra propia conciencia. Esto se evidencia cuando hombres de juicio prudente y de clara sabiduría natural se hacen voluntariamente esclavos de sus concupiscencias, reman contra la corriente de su conciencia y rinden al yo carnal una servidumbre vergonzosa y penosa. Hacen de ese yo su dios, sacrificando todo sentimiento de virtud y aun la tranquilidad de sus vidas en aras del placer, la honra y la satisfacción carnal. Esto es prostituir al delegado de Dios, la conciencia, a las afecciones carnales. Sus ojos están cerrados a su luz y sus oídos sordos a su voz; pero están atentos al más leve soplo y susurro del yo—una deuda que la criatura debe supremamente a Dios.

c. Cómo esto es ateísmo

Mucho más podría decirse, pero veamos qué ateísmo se esconde en esto y cómo invade el honor de Dios.

1. Usurpa la prerrogativa de Dios. Es prerrogativa de Dios ser Su propio fin y obrar para Su propia gloria, porque no hay nada superior a Él en excelencia y bondad por lo cual actuar. Él no recibió Su ser de nada fuera de Sí mismo. Nada lo obliga a actuar sino por Sí mismo. Hacernos a nosotros mismos nuestro fin último es rivalizar con Dios como el sumo bien y bienaventuranza en Sí mismo, como si fuéramos nuestro propio principio, el autor de nuestro propio ser, y no estuviéramos obligados a un poder superior al nuestro por lo que somos y tenemos. Cuando solo nos amamos a nosotros mismos y obramos para ningún otro fin que el yo, nos arrogamos el dominio que pertenece únicamente a Dios y le arrancamos la corona de Su cabeza.

2. Vilipendia a Dios. Cuando nos hacemos nuestro fin, decimos claramente que Dios no es nuestra felicidad. El hombre no puede deshonorar más a Dios que refiriendo a su propia gloria aquello que Dios hizo para Su alabanza. Solo Dios tiene derecho a la gloria y a la alabanza de lo que Él ha hecho, y ningún otro. El hombre cambia la gloria del Dios incorruptible en una imagen corruptible (Ro. 1:23).

3. Es una destrucción de Dios, en cuanto está en nosotros. Erigir al yo como nuestro fin anula la verdadera Deidad. Al rendirnos respeto y honor a nosotros mismos, que son debidos a Dios, hacemos que el verdadero Dios sea como ningún Dios. Quien se hace rey sobre los derechos y territorios de su príncipe manifiesta la intención de derrocarlo de su gobierno. Escogernos a nosotros mismos como nuestro fin es des-divinizar a Dios, ya que ser el fin⁷ último de una criatura racional es derecho de Dios. Por lo tanto, no poner a

⁷ **fin**: causa final: objeto o propósito.

Dios, sino al yo, siempre delante de nosotros, es reconocer que no hay más ser que nosotros mismos como Dios.

2. El hombre quiere hacer de cualquier cosa su fin y felicidad antes que de Dios.

Un fin es tan necesario para todas nuestras acciones que quien no se propone un fin para sí mismo no merece ser llamado criatura racional⁸. Esta es la diferencia entre criaturas racionales y las demás. Las racionales actúan con intención formal, mientras que las otras buscan su fin por instinto natural. Otras criaturas son movidas por naturaleza a lo que las racionales deberían ser movidas por razón. Por lo tanto, cuando un hombre actúa por un fin que no fue designado para él por la ley de su creación, o un fin que es inadecuado para las nobles facultades de su alma, actúa en contra de Dios, trastorna Su orden y no merece mejor título que el de ateo.

a. Cómo hacemos de algo nuestro fin

Un hombre puede decirse que hace de una cosa su fin último y su bien supremo de dos maneras:

1. Formalmente. Cuando en realidad juzga que tal o cual cosa es su bien supremo y orienta todo hacia ella. El hombre no juzga formalmente que el pecado sea bueno, ni que el objeto que incita al pecado sea su fin último. No puede juzgar que el pecado sea bueno mientras tenga uso de sus facultades racionales.

2. Virtual y tácitamente. Cuando ama cualquier cosa contra el mandamiento de Dios. Cuando por sus acciones habituales prefiere el gozo de algo antes que a Dios. Cuando emplea más fuerza y consume más tiempo en obtener esa cosa que en cumplir con el verdadero fin de su creación. Cuando actúa como si algo inferior a Dios pudiera hacerlo feliz sin Dios, o como si Dios no pudiera hacerlo feliz sin la adición de otra cosa. Así el glotón hace un dios de sus manjares, el ambicioso de sus honores, el lujurioso de sus deleites, y el codicioso de sus riquezas. No creen que su felicidad esté en Dios, que hizo el mundo, sino en el placer o provecho que han convertido en su dios.

En esto, aunque el objeto creado sea el término inmediato y subordinado al cual nos volvemos, en realidad y en último término el afecto hacia él se detiene en el yo. Naturalmente no apreciamos nada sino aquello que afecta

⁸ **racional:** que posee razón.

nuestros sentidos o se mezcla con alguna promesa de provecho para nosotros.

b. Ejemplos de hacer de las cosas creadas nuestro fin

Esto se ve:

1. En que tenemos menos pensamientos de Dios que de cualquier otra cosa. Si percibiéramos a Dios como nuestro bien supremo y nuestro fin más alto, ¿nos dolería tanto dedicarle unos pocos días de pensamiento? Los viajeros piensan con frecuencia en su destino, pero nuestros pensamientos corren hacia nuevas adquisiciones de riqueza, la crianza de nuestras familias, vengar agravios hechos contra nosotros y sostener nuestra reputación. Las bagatelas nos poseen. Dios no está en ninguno de nuestros pensamientos (Sal. 10:4), y rara vez es el único objeto de ellos. Dedicamos pensamientos duraderos a lo transitorio, y apenas pensamientos pasajeros a lo que es verdaderamente permanente y eterno. El pacto de gracia exige que todo el corazón se entregue a Dios y excluye que otra cosa lo absorba. ¡Y, sin embargo, cuán extrañas permanecen la mayoría de las almas para con Dios! Aunque lo conocemos por medio de la creación, para la mayoría sigue siendo un Dios desconocido, porque no hallamos deleite en Él.

2. En la codiciosa persecución del mundo. Cuando buscamos más las riquezas terrenales o la reputación mundana que las riquezas de la gracia o el favor de Dios. Cuando tenemos la necia imaginación de que nuestra felicidad consiste en ellas, preferimos la tierra al cielo, las cisternas rotas que no retienen agua a la fuente siempre manante de gloria y bienaventuranza. Como si hubiese un defecto en Dios, no podemos contentarnos con Él como nuestra porción sin añadirle algo inferior a Él. El apóstol llama a la codicia *idolatría*, y a la persona codiciosa le da el título de *idólatra* (Col. 3:5; Ef. 5:5).

3. En la fuerte adicción a los placeres físicos (Fil. 3:19). Los hombres hacen de su vientre su dios cuando rebajan sus facultades superiores para apuntar a la satisfacción del apetito físico como su felicidad suprema. Los hombres rehúsan abierta e indudablemente a Dios como su fin último cuando piensan constantemente en nuevos métodos para satisfacer su apetito bestial. Abandonan los placeres que se hallan en Dios, que son los deleites de los ángeles; y persiguen la satisfacción de las bestias. Rehusamos a Dios como nuestro fin cuando nuestro descanso está en estas cosas, como si fueran el sumo bien y no Dios.

4. En dar más honra a los instrumentos que Dios utiliza que a Dios, el autor soberano, cuando tenemos algún éxito en el mundo. «Sacrifican a su red, y ofrecen sahumerios a sus mallas» (Hab. 1:16). No es que el asirio ofreciera sacrificios a sus armas, sino que atribuía a ellas lo que solo se debía

a Dios. Atribuían la victoria a sus fuerzas y armas. Cuando recibimos bienes, ¿no están nuestros afectos más centrados en los instrumentos que los trajeron que en el Benefactor supremo de Cuyos tesoros fueron tomados?

5. En dar más respeto al hombre que a Dios. En el culto público de Dios, no nos reímos ni hacemos tonterías porque los hombres nos ven. Pero nuestros corazones suelen hallarse en una postura ridícula, entretenidos con plumas y vanidades bajo la mirada misma de Dios. Vivimos como si nuestra felicidad consistiera en agradar a los hombres y nuestra miseria dependiera del desagrado de Dios. Todo necio que dice en su corazón que no hay Dios, levanta en su interior algún ídolo para ocupar Su lugar.

c. Los efectos de hacer de las cosas creadas nuestro fin

Esto es,

1. Un envilecimiento de Dios.

Al erigir a una criatura. Se afirma que Dios es menos deseable que Su criatura, que carece de perfecciones que posee alguna cosa insignificante que ha cautivado los afectos. Se dice que la Causa de todo ser puede ser superada por Su criatura, que una vil concupiscencia puede igualar, sí, superar la hermosura de Dios. Se le dice a Dios como el rico al pobre: «Tú estate allí, o siéntate aquí bajo mi estrado» (Stg. 2:3). ¡Esto es intolerable! No debemos hacer que el estrado de Dios, la tierra, ascienda a Su trono. No hemos de colocar en nuestro corazón aquello que Dios mismo puso por debajo de nosotros, bajo nuestros pies. No permitamos que lo que fue hecho para ser pisoteado usurpe los derechos que solo Dios tiene sobre nuestros corazones. Es peor que si una reina se enamorara de una pequeña estatua de su príncipe en el palacio y despreciara su hermosura en persona.

Envilece aún más a Dios el erigir un pecado, una concupiscencia o un afecto carnal como nuestro fin supremo. Robarle la honra a Dios para entregarla a lo que ni siquiera es obra de Sus manos—a lo que ÉL aborrece, lo que ha perturbado Su reposo y lo que ha arrancado de Su justo aliento un fuego para encender un infierno como su morada eterna, una concupiscencia que deshonra a Dios y asesina al alma—esto es peor que preferir a Barrabás por encima de Cristo. Cuanto más bajo es el objeto, mayor es la afrenta contra Aquel con quien lo asociamos. Si se tratara de algún principio generoso, o de algo útil al mundo, aquello que pusiéramos como igual o superior a Dios sería malo, aunque no tan atroz. Pero complacer un apetito indigno a costa del desagrado del Creador —algo inferior incluso a la naturaleza racional del hombre, e infinitamente inferior a la majestad excelsa de Dios— es un ultraje aún más vil contra ÉL.

Y que nadie se excuse diciendo que solo exalta una sola concupiscencia o tan solo una criatura como su fin último. ¿Acaso no es idólatra el que adora solamente al sol, un ídolo, tanto como el que adora a todo el ejército del cielo?

Si preferimos riquezas, bienes, amigos y aun la mejor cosa en el mundo—nuestra propia vida—por encima de Dios como nuestra suprema felicidad y fin, aunque sea por un momento, es un agravio infinito, porque hemos negado la infinita bondad y excelencia de Dios. Aunque un hombre, en efecto e intencionalmente, prefiera a Dios por encima de todas las cosas antes y después de esa falta, aun así le ha hecho un agravio infinito, porque Dios es infinitamente bueno en todo momento. Él es siempre absolutamente deseable y nunca puede dejar de ser bueno. No puede haber en Él la menor sombra o variación en Sus perfecciones.

2. Una negación de Dios.

«Si he mirado al sol cuando resplandecía, o a la luna cuando iba hermosa, y mi corazón se engañó en secreto, y mi boca besó mi mano: esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano» (Job 31:26–28). Esta negación de Dios no es solo el acto de un idólatra abierto, sino que resulta también de la confianza secreta y del gozo desmedido en las cosas terrenales.

Besar la mano en señal de reverencia a un ídolo era un gesto externo de adoración religiosa, mucho menos significativo que la confianza interna del corazón. Si un simple movimiento de la mano implica una negación de Dios, ¡cuánto más lo será el afecto del corazón cuando se fija en una criatura indigna o en un placer degradante! Tal disposición es, en efecto, una negación de Él, pues el afecto supremo del alma pertenece de manera exclusiva al Creador soberano. Ningún honor peculiar a Dios puede darse a una criatura sin excluir claramente a Dios de ser Dios.

Cualquiera que tenga un afecto desmedido por algo en el mundo tiene buenas razones para examinarse a sí mismo. Aunque reconozcan que Dios existe, son culpables de tal desprecio hacia Él que debe considerarse una forma de ateísmo. Aun los que han sido renovados por el Espíritu de Dios tienen aquí motivo para humillación diaria, porque sus almas con frecuencia muestran confianza y afecto hacia las criaturas—acto de ateísmo práctico—aunque estén libres del hábito de ello.

3. El hombre quiere hacerse el fin de todas las criaturas.

El hombre quiere sentarse en el asiento de Dios y “poner su corazón como el corazón de Dios”, como dice el Señor acerca de Tiro (Ez. 28:2). La consecuencia de esto es que el hombre busca ser tenido en estima como el bien supremo y el fin de todas las demás criaturas. Esta es una meta que el corazón de Dios mismo ha de proponerse, pues es un derecho inseparable de la Deidad. Dios tendría que negarse a Sí mismo si negara este afecto de Su corazón.

El hombre desea ser igual a Dios, y por tanto desea que ninguna criatura sea igual a él, sino que sirva a sus fines y a su gloria. El que quiere hacerse Dios, quiere tener el honor propio de Dios. El que se cree digno de su propio afecto supremo, se cree digno de ser el objeto del supremo afecto de los demás. Nada es más natural al hombre que el deseo de que su propio juicio sea la regla y medida del juicio y de las opiniones del resto de la humanidad. Quien se coloca en el lugar del príncipe, con ese acto reclama todas las prerrogativas y derechos que pertenecen al príncipe. El que se cree apto para ser rey, se cree digno del homenaje y la lealtad de los súbditos. El que se ama principalmente a sí mismo, y ama a todas las cosas y personas por sí mismo, querría hacerse el fin de todas las criaturas.

Esto es evidente:

1. En el orgullo. Cuando albergamos un alto concepto de nosotros mismos y obramos buscando nuestra propia reputación, despojamos a Dios del lugar que le corresponde en nuestros corazones. Mientras deseamos que nuestra fama esté en boca de todos, y ser admirados en los corazones de los hombres, queremos expulsar a Dios de sus corazones y negarle residencia alguna a Su gloria. Todo hombre orgulloso quiere ser considerado por otros del mismo modo que se considera a sí mismo: la pieza suprema de bondad. Quiere ser adorado por otros tanto como él mismo se adora y admira. Ningún hombre orgulloso, en su amor propio y auto-admiración, piensa estar en error. Si es digno de su propia admiración, se cree digno de la más alta estima de los demás. Ellos deben valorarlo por encima de sí mismos, y valorarse a sí mismos solo por él.

2. En usar a las demás criaturas en contra del fin que Dios les asignó. Dios creó el mundo y todo lo que hay en él como peldaños para que los hombres ascendieran a contemplarlo y reconocer Su gloria. Pero nosotros los usamos para deshonorar a Dios y gratificarnos a nosotros mismos. Él dispuso las criaturas para suplir nuestras necesidades y sostener nuestros deleites racionales. Pero nosotros las usamos para alimentar nuestras

concupiscencias pecaminosas. Convertimos las cosas que Él creó para Sí mismo en instrumentos de rebelión contra Él para servir a nuestros fines. Esto es un alto deshonor contra Dios, una sacrílega subversión de Su gloria. Pervertimos todo el orden del mundo y lo dirigimos hacia otro fin distinto del que Dios instituyó. Así como todas las cosas fueron hechas por Dios, también lo son para Dios. Pero cuando aspiramos a ser el fin de las demás criaturas, envidiamos a Dios el honor de ser Creador.

3. Esto es diabólico. El diablo fue arrojado del estado de ángel de luz a tinieblas, vileza y miseria, para ser la criatura más maldita. Todo esto se debió a su primer deseo de autoridad en el cielo. Y aun así sigue aspirando a rivalizar con Dios, aunque sabe que es imposible lograrlo. Como todos los hombres por naturaleza son hijos del diablo, simiente de la serpiente, llevan algo de este veneno en su naturaleza, junto con sus otros rasgos. Vemos que hay un ateísmo monstruoso escondido bajo la creencia en un Dios. El diablo sabe que hay un Dios, pero actúa como ateo; y así también sus hijos.

4. El hombre quiere hacerse el fin de Dios.

Quiquiera que se hace a sí mismo su propia ley y fin en lugar de Dios, querría hacer de Dios el súbdito y de sí mismo el soberano. El que se sienta en el trono de un príncipe, pone al príncipe en su estrado. Nuestro afecto hacia Dios debería centrarse en Él como objeto infinito, nuestra felicidad suprema y fin más alto. Nuestros afectos hacia nosotros mismos deberían ser finitos; deberían referirse en última instancia a Dios como el origen de nuestro ser. Pero el pecado ha inclinado por completo los afectos del hombre hacia sí mismo. Cuando debía amar primeramente a Dios y amarse a sí mismo por causa de Dios, ahora se ama primero a sí mismo y ama a Dios solo en la medida en que sirve a su propia gratificación. El amor a Dios ha sido destronado, y el amor al yo ocupa su lugar. Con frecuencia, incluso cuando pretendemos buscar el honor de Dios, en realidad procuramos complacernos a nosotros mismos. Hacemos de nuestro Creador una herramienta para nuestros propios fines.

a. Evidencia de que el hombre se hace el fin de Dios

Esto es evidente:

1. En amar a Dios a causa de algunos beneficios agradables que Él reparte. Los hombres tienen una especie de amor natural hacia Dios, pero es un amor secundario. Aman a Dios porque les da las cosas buenas de este mundo, les prepara la mesa, llena su copa, llena sus arcas y hace llegar providencias sorprendentemente buenas a su camino. Todas las apostasías de los hombres en el mundo dan testimonio de esto. Son devotos mientras

conservan una profesión próspera, pero no soportan ni una astilla de la cruz para servir verdaderamente a Dios. El tiempo de prueba descubre estas almas mercenarias como más amantes de sí mismas que de su Hacedor. Pretenden amistad con Dios, pero en realidad aman la concupiscencia y solo usan a Dios. El carácter de un buen hombre es el opuesto. Dijo un hombre santo: “Apaga el infierno, quema el cielo, yo amaré y temeré a mi Dios”.

2. Esto se hace evidente en la abstinencia de ciertos pecados, no porque ofendan a Dios, sino porque se oponen a otra corrupción amada o a un deseo mundano. Muchos de los motivos que el mundo usa para apartar a sus amigos y parientes de los vicios proceden del yo. Se emplean para apuntalar el yo natural o pecaminoso en ellos. “Vamos, corrígete. Cambia tu rumbo, o dañarás tu reputación. Arruinarás tus finanzas y te convertirás en un mendigo. Tu familia quedará en la ruina y podrías pudrirte en prisión”. No los confrontan con el deber que deben a Dios, con el deshonor que su conducta indigna le acarrea, ni con la ingratitud hacia el Dios que les muestra misericordia. No es que los motivos terrenales deban ser completamente ignorados u omitidos. Pero este enfoque en los motivos terrenales muestra que el yo es la inclinación tanto en nuestra propia vida como en nuestro trato con otros. Hacemos superior lo que debería ser subordinado al honor de Dios.

3. Esto se hace evidente al realizar deberes meramente por interés propio, haciéndonos a nosotros mismos el fin de las acciones religiosas, mientras pretendemos hacerlo para Dios. Las cosas ordenadas por Dios pueden llegar a sostener nuestros propósitos carnales. Dios puede ser el objeto, pero el yo es el fin, y un objeto celestial es hecho para servir a un propósito carnal. La hipocresía habla del honor de Dios, pero se llama adulación: «Le lisonjeaban con su boca» (Sal. 78:36). Le daban un puñado de buenas palabras para su propia preservación.

b. Instancias del hombre haciéndose a sí mismo el fin de Dios

Esto se ve:

1. Se evidencia en la desgana hacia los deberes religiosos que no redundan en beneficio del yo. ¡Y cuán animosos son muchos al acercarse a Dios cuando ello sostiene sus propios fines! Pero cuando honra a Dios, el deber no es un deleite sino un estorbo. Jonás estaba hastiado de su labor, y huyó de Dios, porque pensó que no recibiría honor con su mensaje. Sabía que la misericordia de Dios desacreditaría su profecía (Jon. 4:2). La oración es a menudo más ferviente cuando es menos piadosa y más egoísta. Fines carnales y afectos vierten expresiones vivas.

2. Se manifiesta en invocar a Dios únicamente en tiempos de necesidad. ¡Cuán celosos se muestran los hombres de buscar a Dios en la aflicción, cuando lo han descuidado en la prosperidad! «Si los hacía morir, entonces lo buscaban; se volvían solícitos y madrugaban en busca de Dios. Y se acordaban de que Dios era su refugio» (Sal. 78:34-35). A menudo los hombres vienen a Dios cuando tienen algún asunto que quieren que Él haga por ellos. Esto no es afecto a Dios, sino a nosotros mismos.

De nuevo, cuando hemos recibido la misericordia que necesitábamos, ¡qué poco calentamos nuestras almas para considerar al Dios que la dio! ¡Qué poco ponemos en uso los dones de Su misericordia para Su servicio! Esto no es glorificar a Dios como Dios, sino tratarlo como nuestro siervo. Tal persona difícilmente mendigaría a la puerta de Dios si pudiera complacerse sin Él.

3. En rogar Su asistencia para nuestros propios proyectos. Cuando planeamos nuestros propios asuntos y luego venimos a Dios, no por consejo, sino por bendición. Es únicamente el yo quien nos dicta cómo obrar; pero, como admitimos que hay un Dios que gobierna el mundo, deseamos que Él coopere con nuestro éxito. No consultamos a Dios hasta que hayamos resuelto seguir el consejo del yo; entonces pretendemos que sea Él quien ejecute nuestro plan. Y peor aún es cuando le pedimos que favorezca algún propósito pecaminoso.

Apenas buscamos a Dios hasta que hemos trazado todo el plan en nuestra mente y decidido cómo lo haremos funcionar—como si no hubiera en Dios plenitud de sabiduría para guiarnos en la planificación, así como poder para conceder éxito sobre los planes.

4. En la impaciencia cuando Él rehúsa nuestros deseos. ¡Cuántas veces se alzan los espíritus de los hombres contra Dios, cuando Él no interviene con la ayuda que quieren! Los corazones egoístas acusan a Dios de negligencia si Él no es tan rápido en suplir como ellos en desear. «¿Por qué ayunamos, dicen, y no hiciste caso? ¿Humillamos nuestras almas, y no lo supiste?» (Is. 58:3). Cuando nuestro ruego tiene como fin la gloria de Dios, caeremos en humilde sumisión cuando Él niegue nuestra petición. Pero el yo se levanta audazmente quejándose, como si Dios fuera nuestro siervo y hubiera descuidado el servicio que nos debía, no viniendo a nuestro llamado.

5. En las verdaderas intenciones que los hombres tienen en sus deberes. En la oración por cosas temporales, cuando deseamos salud para nuestra propia comodidad, riqueza para nuestra sensualidad, fuerza para nuestra venganza, hijos para el aumento de nuestra familia, dones para nuestro aplauso, como Simón el Mago deseó el Espíritu Santo. Esto es pedir a Dios que sea un siervo de nuestro interés mundano. Aun en las misericordias

espirituales que pedimos, solemos torcerlas hacia el yo: cuando deseamos el perdón del pecado solo para asegurar nuestra propia liberación de la venganza eterna; la santificación únicamente para hacernos aptos para la bienaventuranza; la paz de conciencia solo para vivir con mayor comodidad en el mundo. Todo ello sin un verdadero propósito de la gloria de Dios, o con pensamientos de Su honor fácilmente sobrepasados por miras de nuestra propia ventaja. Ahora bien, Dios nos ha motivado a estas cosas por la bienaventuranza que recibimos de ellas, de modo que podemos desearlas con un respeto a nosotros mismos. Pero este respeto debe estar contenido dentro de los cauces adecuados, en subordinación a la gloria de Dios—no por encima de ella, ni en igual medida con ella.

c. Propósitos tan bajos contaminan los deberes espirituales

Considera seriamente: Aunque un deber sea celestial, ¿no lo contamina algún bajo propósito de nuestra parte?

1. ¿Cómo es con nuestras confesiones de pecado? ¿No son más para obtener nuestro perdón que para avergonzarnos delante de Dios, o para ser liberados de las cadenas que nos impiden traerle la gloria para la cual fuimos creados? ¿Más para participar de Sus beneficios que para honrarle al reconocer los derechos de Su justicia? ¿No nos lamentamos del pecado como de algo que nos ha arruinado, más que como aquello que se opone a la santidad de Dios? ¿No intentamos manipular a Dios, confesando un pecado y reservando otro?

2. ¿Es mejor en nuestro culto privado y familiar? ¿No asisten algunos simplemente porque alguien de quien dependen los observa y quieren agradarle? Si Dios fuera el fin supremo de nuestros corazones, ¿no arderían estos bajo la sola mirada de Dios tanto como arden nuestras lenguas bajo la mirada de los hombres? ¿No realizan algunos los deberes familiares simplemente para que sus voces sean oídas y su reputación sostenida entre los vecinos piadosos?

3. ¿No está la caridad de muchos hombres manchada con este fin, el yo? Es cuando damos limosna no tanto porque la gente lo necesita, sino por la amistad que les debemos por alguna razón. Es cuando queremos que nuestras dádivas sean visibles al mundo y elogiadas por otros. Es cuando pensamos obligar a Dios a perdonar nuestras transgresiones dando unas pocas monedas a personas indigentes. Y,

4. ¿No sucede lo mismo con las reprensiones a los hombres? ¿No reprenden los amos a sus siervos con más vehemencia por el descuido de sus asuntos que por el descuido de los deberes divinos? Estos amos invocan argumentos religiosos, pretendiendo honrar a Dios. Pero cuando los siervos

descuidan lo que deben a Dios, no se hace ruido alguno y pasan sin reprensión. Es una especie de ateísmo ignorar las ofensas hechas a Dios.

5. ¿No es así también con nuestro aparente celo por la religión? Demetrio y los artífices de Éfeso clamaban en alta voz por la grandeza de Diana de los efesios, no por un verdadero celo por ella, sino por la ganancia que obtenían de la venta de sus templecillos (Hch. 19:24, 28).

6. En hacer uso del nombre de Dios para excusar nuestro pecado. Erigimos una opinión que sostiene nuestras concupiscencias, y luego excavamos profundamente en la Escritura para encontrar muletas que la apoyen y autoricen nuestras prácticas. Los hombres agradecerán a Dios lo que han obtenido por medios ilícitos, encubriendo su deshonestidad con Su nombre. Los judíos apelaron a la ley de Dios para la crucifixión de Su Hijo: «Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir» (Jn. 19:7). Querían hacer de Dios un socio de su venganza privada.

d. Los efectos de hacerse a sí mismo el fin de Dios

¿No es todo esto un alto grado de ateísmo?

1. Deshonra a Dios. Otros pecados atacan a la criatura y a las cosas externas, pero actuar en los servicios religiosos por el yo hace que el mismo Creador quede sujeto a la criatura. Hace que Dios contribuya al placer del diablo. Es una afrenta mayor que arrojar los dones de un príncipe a una pira de inmundos cerdos.

2. Porque deshonra a Dios, lo desdiviniza o lo destrona. Actúa como si nosotros fuéramos los señores y Dios nuestro siervo. Pone fines terrenales en el lugar de Dios, quien debe ser nuestro fin último en toda acción. El que piensa que puede engañar y burlar a Dios con sus pretensiones, difícilmente puede creer de corazón que Dios exista.

Un hombre que sirve a Dios solo para su propio beneficio está preparado para cualquier idolatría. Su religión se torcerá con los tiempos cuando le convenga. Negaría al Dios verdadero por un ídolo si su interés mundano así se lo aconsejara. Daría la misma reverencia a la más vil imagen que ahora pretende dar a Dios. Los israelitas fueron tan reales en la idolatría bajo sus peores príncipes como fueron aparentes pretendientes de la verdadera religión bajo los que eran piadosos.

Antes de llegar a la aplicación de esto, déjenme probar la realidad de este ateísmo práctico con otras dos consideraciones: las imaginaciones indignas de Dios y la falta de deseo por Dios.

IV. Imaginaciones indignas de Dios

«Dice el necio en su corazón: No hay Dios». Es decir, no hay tal Dios como ustedes lo presentan. Esto es lo que se quiere decir con que son “corruptos”. En el segundo versículo, corruptos puede tomarse en el sentido de actuar como ídólatras (Éx. 32:7). No podemos comprender a Dios. Si pudiéramos, dejaríamos de ser finitos. Y como no podemos comprenderlo, erigimos extrañas imágenes de Él en nuestras imaginaciones y afectos. Después de que vino la culpa sobre nosotros, al no poder arrancar la idea de Dios, tratamos de rebajar Su majestad y naturaleza para tener algo de alivio en nuestras conciencias. Esto es universal en los hombres por naturaleza. Hay tantas imágenes talladas de Dios como mentes de hombres, y tantas formas monstruosas como aquellas corrupciones en que quieren transformarlo. De aquí surgió:

1. La idolatría

Esto incluye vanas imaginaciones del Dios cuya gloria cambiaron en semejanza de imagen de hombre corruptible (Ro. 1:21, 23). Primero erigieron imágenes vanas de Dios en su imaginación, antes de levantar representaciones ídólatras de Él en sus templos. Y aunque la luz del evangelio ha disipado gran parte de esa idolatría visible en el mundo, el mismo principio sigue acuñando ídolos espirituales en el corazón, que los hombres presentan delante de Dios en sus actos de adoración.

2. La superstición

De aquí ha venido toda superstición. Cuando forjamos un dios a nuestra propia imagen —semejante a nosotros en pasiones variables, presto para airarse y presto para aplacarse— no es de extrañar que también ideemos formas de complacerlo después de haberlo ofendido. Pensamos que podemos expiar nuestros pecados con devociones tristes y castigándonos a nosotros mismos. La superstición no es otra cosa que un temor no bíblico de Dios. Cuando lo imaginan como un Amo duro y severo, buscan maneras de aplacar a Aquel que piensan tan difícil de complacer. Es una opinión muy baja de Él cuando creemos que una devoción vistosa podría sobornarlo tan fácilmente de su rigor como unas pocas palabras bonitas o juguetes pueden calmar a un niño pequeño—cuando creemos que lo que nos agrada a nosotros podría agradar a un Dios infinitamente superior.

De aquí también surge la tendencia a dudar de Su misericordia una vez que nos hemos arrepentido. Dudar de la misericordia de Dios es medirlo por el mezquino modelo de nuestros propios espíritus, como si Su naturaleza fuese tan renuente a perdonar nuestras ofensas contra Él como nosotros lo somos a perdonar las ofensas contra nosotros.

3. La presunción

De aquí surge toda presunción, la enfermedad común del mundo. Toda la maldad en el mundo es una presunción sobre Dios. Nace de una interpretación errónea de la bondad de Dios en las obras de creación y providencia. La naturaleza corrupta de los hombres produce vanas imaginaciones de la bondad de Dios y, por tanto, necedad y oscuridad en sus mentes y en su manera de vivir. «No le glorificaron como a Dios» (Ro. 1:20-21), sino que lo imaginaron bueno para que ellos pudieran ser malos. Imaginaban que era tan indulgente con su sensualidad que descuidaría Su honor. Consideraban la paciencia de Dios como una aprobación de sus vicios: «Pensabas que de cierto sería yo como tú (Sal. 50:21).

Compárese esto: la superstición surge de erradas apprehensiones aterradoras de Dios; la presunción, de pensamientos complacientes de sí mismo. Una lo representa solo riguroso, y la otra, descuidado. Una nos hace escrupulosos en servirle con nuestras propias reglas, y la otra demasiado osados en ofenderle conforme a nuestros caprichos. El supersticioso cree que Dios apenas tiene suficiente misericordia para perdonar; el presuntuoso cree que no posee tal perfección como la justicia para castigar. Entre el idólatra, el supersticioso y el presuntuoso, Dios quedaría como si no fuera Dios en absoluto.

Otras imaginaciones indignas de Dios son semejantes: vilipendiarlo, rebajar al Creador a ser una criatura de sus propias imaginaciones, ponerle su propio sello y formarlo no según aquella hermosa imagen que Él imprimió en ellos en la creación, sino según la imagen desfigurada que heredan por la caída, y lo que es peor, ¡la imagen del diablo! Si fuera posible ver un retrato de Dios conforme a las imaginaciones de los hombres, sería el ser más monstruoso, un dios que nunca fue ni podrá ser. Honramos a Dios cuando tenemos opiniones dignas de Él, acordes a Su naturaleza, como un ser de infinita hermosura y perfección. Lo menospreciamos cuando le atribuimos cualidades que serían una horrible deshonra para un hombre sabio y bueno, como la injusticia y la impureza. Así los hombres envilecen a Dios cuando invierten Su orden y quieren crearlo conforme a su imagen,

como Él primero los creó conforme a la Suya. Lo rebajan cuando piensan que no es digno de ser Dios a menos que encaje plenamente en su molde.

Esto es peor que la idolatría. El más grosero idólatra no comete un crimen tan atroz. Mientras el idólatra trueca la gloria de Dios en la imagen de viles reptiles insensibles, este hombre se forja un dios a su propia semejanza pecadora y lo reduce a las inmundas figuras de su imaginación. Tal concepción es peor que el ateísmo absoluto: más tolerable sería pensar que Él no existe, que pensar de Él lo que es del todo incompatible con Su naturaleza. Mejor negar Su existencia que negar Su perfección. Cualquier hombre sabio preferiría que su memoria fuese olvidada antes que ser recordado como infame. Cuando pensamos de Dios que es engañoso en Sus promesas, injusto en Sus amenazas, renuente a perdonar con el arrepentimiento, o resuelto a perdonar sin nuestro arrepentimiento—estas son cosas indignas de la naturaleza de Dios y contrarias a Su propia autorrevelación.

V. Falta de deseo por Dios

El ateísmo práctico se hace evidente en nuestro deseo natural de estar distantes de Él. El pecado nos puso primero a distancia de Dios; y cada nuevo acto de pecado grosero nos extraña más de Él. Nos hace tanto temerosos como avergonzados de estar cerca de Él. No buscamos en Él nuestra felicidad; y cuando se ofrece a Sí mismo, no nos complace, sino que lo ultrajamos al preferir otras cosas antes que a Él. Cuanto más viva es la impresión de Dios en algo, tanto más tendemos a huir de ello. Aun los mismos santos han mostrado tal fragilidad, que clamaron como quebrantados al recibir más que una revelación ordinaria de Dios, como si hubieran deseado que Él se mantuviera más distante de ellos. La vileza no puede soportar el esplendor de la majestad, ni la culpa la gloria de un juez.

Naturalmente no tenemos deseo de 1) recordarlo, 2) conversar con Él, 3) volver plenamente a Él, 4) imitarle cuidadosamente. Todo esto es actuar como si no hubiera tal ser como Dios en el mundo, o como si deseáramos que no lo hubiera en absoluto.

1. Falta de deseo de recordarlo

¡Cuán deleitables son otras cosas en nuestra mente! ¡Cuán gravosos los memoriales de Dios, de Quien tenemos nuestro ser! Con cuánta complacencia contemplamos la naturaleza de las criaturas—aun de moscas

y sapos—mientras nuestras mentes se fatigan en la búsqueda de Aquel que nos dio la capacidad de conocer y meditar. Dios se nos muestra en cada criatura, en la más baja hierba, así como en los cielos más altos. Es más evidente en ellas a nuestra razón que las cosas mismas a nuestro sentido. Sin embargo, aunque las vemos, no queremos contemplar a Dios en ellas. Las observamos para agradar a nuestro sentido, para ejercitar nuestra razón considerando sus perfecciones naturales; pero pasamos por alto la consideración de las perfecciones de Dios que de ellas irradian visiblemente. Así actuamos como bestias y ateos en el mismo ejercicio de la razón, y descuidamos a nuestro Creador para gratificar nuestro sentido. Actuamos como si el placer de aquello fuera más deseable que el conocimiento de Dios.

El deseo de nuestras almas no está hacia Su nombre y Su memoria (Is. 26:8), cuando no nos disponemos a poner nuestras almas en banquete con meditaciones profundas y serias de Él. ¿Tememos acaso llegar a estar demasiado íntimamente familiarizados con Él? ¿No son más bien los pensamientos de Dios como invasores que como huéspedes, rara vez invitados a residir y tomar su morada en nuestros corazones? ¿No hemos dicho, cuando ellos han irrumpido sobre nosotros: «Apártate de nosotros» (Job 22:17), despidiéndolos tan pronto como pudimos, y alegrándonos cuando se fueron? ¿No hemos estado a menudo contentos de hallar excusas para sacudir de encima los pensamientos de Él, o encontramos excusas para mantener a Dios lejos de nuestros corazones? ¿No es esto parte del ateísmo, estar tan renuentes a emplear nuestras facultades para considerar al Dador de ellas? ¿No es digno de ser recordado en memoria especial Aquel que piensa en nosotros cada día en la providencia?

¿Acaso no descubren aun los mejores, aquellos que aman el recuerdo de Dios y aborrecen esta aversión natural, que cuando desean pensar en Él muchas cosas los arrastran a desviar la mente hacia otra parte? ¿No hallan que sus pensamientos son demasiado débiles, sus respuestas demasiado torpes y sus impresiones demasiado ligeras? Tal ateísmo natural impregna toda la naturaleza humana.

2. Falta de deseo de conversar con Él

La palabra «acuérdate», en el mandamiento de santificar el día de reposo, incluye todos los deberes de ese día que son los más escogidos de nuestra vida. «Acuérdate» implica nuestra natural indisposición a estos deberes y nuestro olvido de ellos. El hecho de que Dios presione este mandamiento con más razones que los demás manifiesta que el hombre no tiene corazón para los deberes espirituales. En todo deber espiritual que nos pone

inmediatamente cara a cara con Dios, hallamos una resistencia natural proveniente de un principio poderoso. Todos pueden coincidir con el apóstol en que, cuando queremos hacer el bien, el mal está presente con nosotros (Ro. 7:21). La única razón de esto es la tendencia natural de nuestras almas.

Cuando le prestamos atención, ¿no nos complacen más las formas de culto que gratifican nuestros deseos que el deleite de nuestras almas interiormente con el mismo Objeto de adoración? Esto es parte de nuestro ateísmo natural. Descuidar total o parcialmente tales deberes con frialdad en ellos es desechar el temor del Señor (Job 15:4). No invocar a Dios y no conocerlo son la misma cosa (Jer. 10:25). O pensamos que no existe tal ser en el mundo, o que es tan insignificante que no merece el respeto que exige. O tan débil y pobre que no puede suplir lo que requieren nuestras necesidades.

3. Falta de deseo de volver plenamente a Él

El primer hombre huyó de Él después de su defección, aunque no tenía otro refugio al cual huir sino la gracia de su Creador. Caín se alejó de Su presencia y prefirió ser un fugitivo de Dios antes que un suplicante a Él. Invocando en fe al Redentor prometido, podría haber escapado de la ira venidera por la sangre de su hermano, y mitigado así las tristezas que con justicia había sido sentenciado a llevar en el mundo. Pero nada detendrá al hombre pródigo de compartir el alimento con los cerdos y hacerlo volver a su Padre, sino un comedero vacío. Mientras tengamos algunas algarrobas con que saciarnos, jamás pensaremos en la presencia del Padre. Sería mejor que nuestras llagas y nuestra pobreza nos impulsaran hacia Él; sin embargo, aun cuando nuestra fuerza se consume, no volvemos a Jehová nuestro Dios, «ni con todo esto lo buscaron» (Os. 7:9–10). Ni Su espada desenvainada como Dios de juicio, ni Su poderoso brazo como Señor, ni Sus brazos abiertos como Jehová su Dios, pudieron moverlos a volver sus ojos y corazones hacia Él. Cuanto más nos invita a participar de Su gracia, más huimos de Él para provocar Su ira. Le damos la espalda cuando extiende Su mano, tapamos nuestros oídos cuando alza Su voz.

Quienquiera que haya de ser vuelto a Dios hace que el Espíritu Santo llegue al extremo de contender. No es fácilmente llevado a sumisión espiritual a Dios. No se persuade a rendirse con un simple llamado. Debe ser dulcemente dominado por la tormenta y victoriosamente atraído a los brazos de Dios. Dios está dispuesto, pero el corazón se resiste. La gracia está llena de ruegos, pero el alma llena de excusas. El amor divino ofrece, pero el amor carnal propio rechaza. Nada nos agrada tanto como cuando estamos más

lejos de Él, como si cualquier cosa fuera más amable, cualquier cosa más deseable que Él mismo.

4. Falta de deseo de imitarle de cerca

Ya que estamos enajenados de la vida de Dios, naturalmente no deseamos más vivir la vida de Dios que un sapo u otro animal desea vivir la vida de un hombre. Un corazón que conoce a Dios tiene una santa ambición de imitarlo. Toda alma que rehúsa copiarlo es ignorante de Su excelencia. Toda la humanidad es naturalmente de este carácter. El hombre corrompido se resiste a ser semejante a Dios en santidad. ¿Qué podría ser más grave que esto? ¿Acaso la negación misma de Su ser es una injuria mayor que este desprecio contra Él? ¿No posee bondad digna de nuestro recuerdo, ni amabilidad que invite a nuestra comunión? ¿No es un Señor digno de nuestra sumisión? ¿No tiene una santidad que merezca nuestra imitación?

VI. Aplicación

Ahora, en cuanto a la aplicación de esta consideración del ateísmo práctico. Sirve:

1. Para información

a. La misericordia de Dios

Nos da ocasión de admirar la maravillosa paciencia y misericordia de Dios. ¡Cuántos millones de ateos prácticos respiran Su aire cada día y viven de Su generosidad, quienes merecen estar en el infierno antes que poseer la tierra! Una santidad infinita es ofendida, una justicia infinita es provocada, y sin embargo una paciencia infinita retiene el castigo, y una bondad infinita suple nuestras necesidades. En la primera invasión de Sus derechos, suavizó el terror de Su amenaza de defender Su ley con la promesa misericordiosa de socorrer y recuperar a Su criatura rebelde (Gn. 3:15). ¡Oh, cuán grande es Su compasión hacia Sus competidores ambiciosos! ¿No ha abierto Sus brazos cuando lo despreciamos con nuestros pies? ¡Es como si estuviera renuente a perdernos, siendo nosotros tan ambiciosos de destruirnos a nosotros mismos! ¿No han sido nuestras vidas sostenidas por Su bondad mientras intentábamos escalar hasta Su trono? ¿No han continuado Sus misericordias encantándonos, mientras las usábamos como armas para injuriarlo? ¿No ha proclamado perdón, mediante el arrepentimiento, a quienes querían

arrebatarle Su gloria? Ha entretejido tan fuertemente Su propio honor con la salvación del hombre que un hombre no puede verdaderamente buscar su propio bien y salvación sin buscar la gloria de Dios. El hombre no puede proponerse el honor de Dios sin, al mismo tiempo, promover su propia felicidad; pues Dios, en Su cuidado, no da jamás ocasión justa de descontento a Su criatura ni de deshonra a Sí mismo. Todas las maravillas de Su misericordia se magnifican frente a la atrocidad de nuestro ateísmo. ¿Qué rebeldes, totalmente armados contra su príncipe y decididos a destruir su vida, recibieron jamás de él un favor semejante al que nosotros hemos hallado en Dios? Nosotros, rebeldes, tenemos todas nuestras necesidades abundantemente suplidas por Él, sin lo cual pereceríamos de hambre, y sin lo cual seríamos incapaces de manejar nuestros intentos de oponernos a Él.

b. La justicia de Dios

Trae consigo una justificación de Su justicia. Si nos da ocasión de alabar en alta voz Su paciencia, también cierra nuestra boca para no acusar ningún acto de Su venganza. ¿Qué castigo puede ser demasiado severo para el desprecio y la afrenta de un Ser tan grande? El más alto desprecio merece la más grande ira. Cuando no lo reconocemos como nuestra felicidad, es apropiado que sintamos la miseria de la separación de Él. Si un traidor es digno de muerte, ¿qué castigo será suficientemente grande para quien se prefiere a sí mismo antes que a un Dios infinitamente bueno? ¿Qué castigo será suficientemente grande para quien es tan insensato como para invadir los derechos del Dios infinitamente poderoso? No es injusticia que una criatura sea dejada para siempre a sí misma, para ver qué ventaja puede sacar de aquel yo que tan diligentemente se empeñó en poner en el lugar de su Creador. El alma del hombre merece un castigo infinito por despreciar un bien infinito.

c. Necesidad del nuevo nacimiento

Esto prueba la necesidad de una nueva condición del alma, para cambiar una naturaleza atea. Olvidamos a Dios, pensamos en Él con desgano, no tenemos respeto a Dios en nuestro camino ni en nuestros actos. Necesitamos un nuevo principio en nosotros que nos haga cumplir la voluntad de Dios, ya que fuimos creados para Dios, no para la carne. No podemos servir voluntariamente a Dios, mientras nuestra naturaleza serpentina y nuestros hábitos diabólicos permanezcan en nosotros, más de lo que podemos suponer que el diablo esté dispuesto a glorificar a Dios mientras la naturaleza que contrajo en su caída permanezca poderosamente en él. Nuestra naturaleza y voluntad deben ser cambiadas para que nuestras acciones tengan a Dios como nuestro fin, para que meditemos deleitosamente en Él y

saquemos de Él los motivos de nuestra obediencia. Debe haber un principio sobrenatural antes de que podamos vivir una vida sobrenatural. La aversión de nuestra naturaleza hacia Dios es tan fuerte como nuestras inclinaciones al mal. Sentimos disgusto por lo uno y apremio por lo otro. No tenemos voluntad, ni corazón, para venir a Dios en ningún servicio. Esta naturaleza debe ser quebrada en pedazos y formada de nuevo antes de que podamos hacer de Dios nuestra regla y nuestro fin. Mientras las obras de los hombres sean malas, no pueden sujetarse a Dios (Jn. 3:19–20), mucho menos mientras sus naturalezas sean malas.

Hasta que esto no se cumpla, todo servicio que el hombre preste brota de alguna imaginación perversa de un corazón que es malo, solamente malo, y de continuo malo (Gn. 6:5). El servicio del hombre es malo porque nace de nociones equivocadas acerca de Dios, de concepciones erradas del deber o de motivos corruptos. Todas las pretensiones de devoción a Dios no son más que la adoración de un ídolo de oro. Es necesario remover los fines depravados, y hacer que aquello que fue el propósito de Dios al crearnos sea también nuestro propósito al actuar: Su gloria. Esto no puede tener lugar sin un cambio de naturaleza. Nunca podremos honrarle supremamente a Aquel a quien no amamos supremamente. Hasta que esto suceda, no podemos glorificar a Dios como Dios, aunque hagamos cosas por Su mandato, no más de lo que lo hizo el diablo cuando Dios lo empleó en afligir a Job (cf. Job 1).

d. La dificultad de la conversión y la mortificación

De aquí podemos deducir la dificultad de la conversión y de la mortificación⁹. ¿Cuál es la razón por la que los hombres no reciben más impresión de la voz de Dios? Es porque nuestro ateísmo es grande. El principio en el corazón cierra firmemente la puerta de los pensamientos y afectos contra Dios. Ni los gozos del cielo pueden atraernos, ni los relámpagos de los terrores del infierno asustarnos para acercarnos a Él. Es como si pensáramos que Dios es incapaz de conceder lo uno o ejecutar lo otro. La verdadera razón es que Dios y el yo contienden por la deidad. La ley del pecado es que Dios debe estar en el estrado de los pies; la ley de Dios es que el pecado debe ser totalmente depuesto. El espíritu del hombre despliega sus alas y vuela para atrapar objetos indignos; pero cuando se intenta traer el espíritu bajo el poder de Dios, las alas decaen, la criatura parece sin vida. El amor al pecado predomina en nuestra naturaleza y ha aplastado el amor a Dios, si no lo ha extinguido.

⁹ Mirar Portavoz de Gracia 195s: *Conversión*, y Portavoz de Gracia 29: *Mortificación*, disponibles en CHAPEL LIBRARY.

Aquí radica también la dificultad de la mortificación. Esta obra se orienta al honor de Dios y a la humillación de la aspiración desordenada. Si la naturaleza del hombre está inclinada al pecado —como en efecto lo está— necesariamente se inclinará contra todo lo que se le oponga. Es imposible asestar un golpe verdadero a una concupiscencia mientras el verdadero sentido de Dios no sea nuevamente recibido en el terreno donde debe arraigar. ¿Quién puede naturalmente estar dispuesto a crucificar su propia carne? ¿A crucificar lo que le es más querido, a sí mismo? La naturaleza del hombre es cubrir su pecado y esconderlo en su seno. «Si encubrí, como los hombres, mis transgresiones» (Job 31:33). Su naturaleza no es destruirlo. Cuando se ve forzado a dejar uno, se esforzará en abrazar otra concupiscencia.

e. Razón de la incredulidad

Aquí vemos la razón de la incredulidad. Lo que tiene más de Dios en sí encuentra mayor aversión en nosotros. Lo que tiene menos de Dios encuentra mejores y más fuertes inclinaciones en nosotros. ¿Por qué es menos dispuesto el corazón del hombre a abrazar el evangelio que a reconocer la equidad de la ley? Porque en el evangelio hay más de la naturaleza y perfección de Dios evidente que en la ley. Además, hay en el evangelio más dependencia de Dios y más distancia del yo. Es más fácil inducir a los hombres a cierta virtud moral que llevarlos a la fe; más fácil hacerlos sonrojar por sus vicios externos que por la impureza interior de sus naturalezas. Quienes sostienen que toda la felicidad procede de algo en el hombre mismo —como lo afirmaban los estoicos y epicúreos, considerando al sabio igual a Dios— resultan ser enemigos aún mayores de las verdades del evangelio (Hch. 17:18). Pues el evangelio derriba de raíz su principio fundamental: la autosuficiencia en los estoicos y la autogratificación en los epicúreos.

f. Dios, Autor de la gracia y la conversión

Se nos informa, entonces, quién es el Autor de la gracia, de la conversión y de toda buena obra. Ningún ateo práctico jamás se volvió a Dios, sino que fue vuelto por Dios. No reconocer que Dios lo hace es parte de este ateísmo, ya que roba a Dios el honor de una de Sus obras más gloriosas. Dios quitó de los hombres el Espíritu santificador como pena por el primer pecado. ¿Quién puede recobrarlo sino por Su voluntad y beneplácito? ¿Quién puede restaurarlo sino Aquel que lo quitó? Todo hombre tiene en sí, por naturaleza, el mismo ateísmo fundamental. Querría ser una regla para sí mismo y el fin último para sí mismo. Está tan lejos de destronarse a sí mismo, que cuando Dios intenta recobrar la fortaleza, toda la fuerza de la naturaleza corrompida

del hombre se alza en armas. El hombre no puede reconocer a Dios sin Dios. ¿Cómo podría ser posible que un hombre se vuelva a ese Dios contra el cual tiene una querrela en su naturaleza? Un ateo por naturaleza no puede alterar su propio ser ni grabar en sí la naturaleza divina, así como una roca no puede esculpirse a sí misma en la estatua de un hombre. Una serpiente, enemiga del hombre, no puede ni querría elevarse a la nobleza de la naturaleza humana. El alma que por naturaleza desea despojar a Dios de Sus derechos no puede, sin poder divino, ser llevada a reconocer sinceramente los derechos y la gloria de Dios.

g. Imposibilidad de la autojustificación

Aquí podemos ver la razón por la cual no puede haber justificación por las mejores y más fuertes obras de la naturaleza del hombre. ¿Puede lo que tiene ateísmo en la raíz justificar la acción o a la persona? Las obras del hombre no tienen ni la ley de Dios por regla, ni Su gloria por fin. No se realizan por ninguna fuerza espiritual para Él, ni se encaminan hacia Él con afecto espiritual alguno. ¿Puede el Dios santísimo declarar justa a una criatura sobre tal fundamento? Las obras del hombre pueden vindicar la justicia de Dios al condenarlo, pero jamás pueden inclinar Su justicia a perdonarlo. Todo hombre natural selecciona y escoge sus obras; adopta la voluntad de Dios solo en la medida en que logra forzarla a ajustarse a la ley de sus propios miembros. No atiende al honor de Dios, salvo en cuanto concuerda con su propia gloria y fines seculares. ¿Puede ser justo aquel que prefiere su propia voluntad y honor antes que la voluntad y honor del Creador? ¿Puede esperarse justificación de aquello que en sí mismo es desesperanzado?

h. Causa de la apostasía

Aquí se halla la raíz de toda apostasía en el mundo: el ateísmo práctico nunca fue conquistado en tales personas. Permanecen «ajenos de la vida de Dios» y rehúsan vivir para Él (Ef. 4:17–18). Abominan Su gobierno, desprecian Su gloria y no encuentran en Él la satisfacción que buscan en sí mismos. Pretenden ser jueces de lo que es bueno y justo para ellos, en lugar de permitir que Dios juzgue por ellos. Y cuando retroceden de la verdad al error, lo hacen hacia opiniones que alimentan su ambición, su avaricia o alguna concupiscencia amada que rivaliza con Dios. «Amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (Jn. 12:42–43).

i. Excelencia del evangelio cristiano

Esto nos muestra la excelencia del evangelio y de la religión cristiana. Pone al hombre en su debido lugar y da a Dios lo que la excelencia de Su naturaleza requiere. Pone al hombre en el polvo de donde fue tomado y sienta

a Dios en aquel trono donde Él debe estar. El hombre, por naturaleza, anhela aniquilar a Dios y deificarse a sí mismo. El evangelio, en cambio, exalta a Dios y abate al hombre. En nuestra primera rebelión aspiramos a ser como Él en conocimiento; pero en los medios que ha provisto para nuestra restauración, Su propósito es hacernos semejantes a Él en gracia. El evangelio nos presenta como objeto de humillación, y a Dios como el único objeto glorioso digno de nuestra imitación. La luz de la naturaleza nos dice que hay un Dios; el evangelio nos da un informe más magnífico de Él. La luz de la naturaleza condena el ateísmo grosero; la luz del evangelio condena y conquista el ateísmo espiritual en los corazones de los hombres.

2. Para exhortación

a. Seamos conscientes y humillémonos.

Esforcémonos en ser sensibles a este ateísmo en nuestra naturaleza y humillémonos por ello. ¡Cuánto deberíamos yacer en el polvo y andar bajos bajo el peso de pensamientos humillantes por esto todos nuestros días! ¿No deberíamos estar atentos a aquello por lo cual derramamos la sangre de nuestras almas y asestamos una puñalada al corazón de nuestra propia salvación? ¿Seremos peores que cualquier otra criatura, sin lamentar lo que tiende a nuestra propia destrucción? El que no lamenta este ateísmo en su naturaleza no puede reclamar el carácter de cristiano. No tiene nada de la vida y del amor divino plantado en su alma. Todo hombre un día será sensible a esto cuando el Dios eterno lo examine y obligue a su conciencia a revelar cada crimen. Entonces quedará reconocida la autoridad bajo la cual actuó. El corazón será desgarrado y sus secretos expuestos a la vista de todos. El mundo, y el mismo hombre, contemplarán qué nido de víboras de principios y fines corruptos habitaba en su interior.

Que la consideración de esto arranque lágrimas de nuestros ojos y dolor de nuestras almas. Que presionemos estos pensamientos sobre nuestros corazones hasta que el núcleo de orgullo sea consumido y nuestra obstinación cambiada en humildad; hasta que nuestros ojos se conviertan en fuentes de lágrimas y la oración brote en nosotros; hasta que oremos que Dios cambie el corazón y mortifique el ateísmo en nosotros.

Seamos conscientes de ello en nosotros mismos. ¿Han sido alguno de nuestros corazones terreno donde naturalmente creciera el temor y reverencia de Dios? ¿Tenemos el deseo de conocerlo, o la voluntad de abrazarlo? ¿Nos deleitamos en Su voluntad y amamos el recuerdo de Su nombre? ¿No es el mundo más amado para nosotros que el Creador del mundo? ¿No han tenido las criaturas más de nuestro amor, temor y

confianza, que Dios, quien formó tanto a ellas como a nosotros? ¿No hemos confiado con demasiada frecuencia en nuestra propia fuerza, fabricando un becerro de nuestra propia sabiduría, y dicho de Dios como los israelitas de Moisés: «En cuanto a este Moisés...no sabemos qué le haya acontecido» (Éx. 32:1)? ¿No hemos atribuido con frecuencia la gloria de nuestro buen éxito a nuestra astucia y a nuestra industria, más que a la sabiduría y bendición de Dios? ¿Estamos entonces libres de este tipo de ateísmo?

¿No hemos negligentes con Dios con frecuencia? ¿No hemos sido sordos mientras Él golpeaba a nuestras puertas, dormido cuando hablaba en nuestros oídos—como si no hubiese un ser como Dios en el mundo? ¿No hemos cometido a menudo necedad con vanas imaginaciones que se levantan en tiempos de servicio religioso? Si hubiesen interrumpido nuestros asuntos mundanos, los habríamos considerado intrusos molestos; pero mientras estamos con Dios, los recibimos como huéspedes bienvenidos. ¡Cuán renuentes han sido nuestros corazones a moverse con poderosas consideraciones de Dios antes de orar! ¿No proviene, con demasiada frecuencia, nuestra falta de vida en la oración de este ateísmo práctico, de descuidar el buscar argumentos y súplicas en las perfecciones divinas para sostener nuestras peticiones y vivificar nuestros corazones? ¿Hay algún deber que conduzca a una visión más clara de Dios en el que nuestros corazones no se hayan mostrado prontos a levantar murmuración y llamarlo maldito antes que bendito? ¿No están nuestras mentes nubladas por la ignorancia de Él? ¿Nuestras voluntades apartadas de Él? ¿Nuestros afectos levantándose contra Él? Con demasiada frecuencia estamos más dispuestos a conocer cualquier cosa antes que Su naturaleza, y más industriosos en hacer cualquier cosa antes que Su voluntad. Tan poco de Dios hay en nuestros corazones, cuando tantas evidencias del amor de Dios hay en Su creación. Dios ha sido tanto nuestro benefactor, pero muy poco nuestro fin. Él brilla en todo lo que se presenta a nuestros ojos, pero muy poco está en nuestros pensamientos.

b. Seamos conscientes de ello en otros.

Seamos conscientes de ello en los demás. Debemos tener una justa abominación de la iniquidad demasiado abierta entre nosotros. Las lágrimas del santo David fluyeron abundantemente porque los hombres no guardaban la ley de Dios (Sal. 119:136). ¿No es este tiempo para ejercitar esta santa lamentación? ¿Ha habido alguna vez ateísmo más perverso que en nuestra época? ¿O puede hallarse peor en el infierno de lo que se oye y se ve en la tierra? ¡Cuán grandemente es la majestad de Dios adorada por los ángeles en el cielo, pero despreciada y ultrajada por los hombres en la tierra! ¡Como si

Su nombre hubiera sido publicado para ser objeto de su burla! ¿No se toma la ley de Dios, junto con sus amenazas y maldiciones, a la ligera, como si los hombres consideraran su honor el estar más allá de todo sentido de Su gloriosa majestad? ¡Cuántos se revuelcan en placeres, como si hubiesen sido hechos hombres solo para convertirse en bestias! ¿Les fueron dadas sus almas únicamente como sal para evitar que sus cuerpos se pudrieran? Es tan parte del ateísmo el no ser sensibles a los abusos del nombre y de las leyes de Dios por otros, como el violarlos nosotros mismos. ¿Qué significa tal insensibilidad, sino que en nuestro interior actuamos como si no hubiera Dios en el mundo cuya gloria merezca ser vindicada o cuyo honor sea digno de nuestro respeto?

c. Consideremos lo irrazonable que es hacia Dios.

Para que seamos sensibles a lo indigno de descuidar a Dios como nuestra regla y fin, consideremos primero lo irrazonable que es hacia Dios.

1. Es un alto desprecio de Dios. Invierte el orden de las cosas, haciendo que Dios, el más alto, llegue a ser el más bajo, y el yo, el más bajo, llegue a ser el más alto. Dejarse guiar por un amigo impío, por una vanidad ociosa o por un interés carnal equivale a declarar que en tales cosas hay más excelencia, equidad y bondad que en Dios mismo. Si hacer de Dios nuestro fin es el deber principal, entonces hacernos a nosotros mismos o a cualquier otra cosa nuestro fin es el mayor de los males.

2. Es un desprecio de Dios como el objeto más deseable. Dios es infinitamente excelente: «¡Cuán grande es su bondad, y cuán grande es su hermosura!» (Zc. 9:17). Todo en Él puede arrebatarnos nuestros afectos. Hay en Él excelencia infinita para cautivarnos, y bondad infinita para atraernos. El autor de nuestro ser, el bienhechor de nuestras vidas, es Dios. ¿Por qué, entonces, debería Su imagen, el hombre, ser tan vil como para despreciar al hermoso Original que imprimió Su imagen en él? Dios es el objeto más amable para ser estudiado, honrado y seguido. Sus perfecciones tienen el más alto derecho a nuestros pensamientos. Despreciar a Dios un solo momento es peor que si despreciáramos a todas las criaturas para siempre, porque la excelencia de las criaturas es para con Dios como una gota comparada con el mar.

d. Consideremos la ingratitud que hay en ello.

Si aborrecemos la conducta ingrata de un hijo hacia su padre amoroso, de un siervo hacia un amo bondadoso, de un hombre hacia su verdadero amigo, ¿por qué insultan los hombres a Dios cada día? ¿Es Dios menos digno de consideración que un hombre? ¿Es más despreciable que una criatura? Sería extraño que un benefactor viviera en el mismo pueblo, en la misma

casa con nosotros, y que nunca intercambiáramos palabra con él. Pero este es nuestro caso: tenemos las obras de Dios delante de nuestros ojos, la bondad de Dios en nuestro ser, la misericordia de Dios en nuestro alimento diario, ¡y aun así pensamos tan poco en Él, conversamos tan poco con Él, servimos a todo antes que a Él y preferimos todo por encima de Él! ¿De dónde provienen nuestras misericordias sino de Su mano? ¿Quién, fuera de Él, sostiene ahora mismo nuestro aliento? Si Él reclamara nuestros espíritus en este instante, tendrían que apartarse de nosotros para atender Su mandato. Cada instante vuelve más atroz nuestra conducta indigna, pues a cada instante Él es nuestro guardián y nos concede nuevas muestras de Su generosidad. Nuestro crimen es aún mayor porque ofendemos a Aquel sin cuya bondad al darnos el ser no habríamos podido arrojarle desprecio alguno. ¡Qué terrible es que el hombre, quien lleva más claramente el sello de Su imagen, sea el peor de Sus rebeldes! ¡Qué terrible que aquel que posee la razón —don de Dios para discernir la equidad de Sus leyes— se rebele contra ellas como si fueran gravosas, y contra el gobierno de su Legislador como si fuese pesado!

1. Esto rebaja a Dios más de lo que el mismo diablo hace en el presente. El diablo lucha contra un Dios que solo le muestra justicia vindicativa; nosotros rebajamos a un Dios que nos carga con Sus misericordias diarias. Los demonios desesperados están excluidos de toda misericordia, pero nosotros estamos bajo Su paciencia y generosidad. Satanás no quiso ser gobernado por Dios cuando Él era solamente su Creador generoso. Nosotros rehusamos ser guiados por Él después de que nos bendijo creándonos y nos bendijo con la redención por la sangre de Su Hijo. ¡Cuán ingrato es intercambiar la naturaleza del hombre por la de los demonios, deshonrando a Dios bajo misericordia como los demonios lo deshonran bajo Su ira!

2. Es un desprecio ingrato de Dios, quien no puede hacernos daño. Él no puede hacernos injusticia, porque no puede ser injusto. «¿El juez de toda la tierra no ha de hacer lo que es justo?» (Gn. 18:25). Él aborrece la injusticia tanto como ama la bondad generosa. Nunca mandó nada que no fuese altamente conducente a la felicidad del hombre. Mientras lo rebajamos, Él continúa beneficiándonos. ¿No es una ingratitud sin paralelo volverle la espalda a un Dios tan amable, a un Dios tan amoroso? Dios creó criaturas intelectuales, ángeles y hombres, para comunicar más de Sí mismo y de Su propia bondad y santidad al hombre. ¿Qué hacemos al rechazarlo como regla y fin, sino oponernos, en la medida de lo posible, al propósito de Dios en nuestra creación? Cerramos nuestras almas contra las comunicaciones de aquellas perfecciones que Él estaba tan dispuesto a otorgar. Lo tratamos

como si hubiese intentado infligirnos el mayor de los males, cuando le es imposible hacer mal a cualquiera de Sus criaturas.

e. Consideremos la miseria que esto conlleva.

Consideremos la miseria que acompañará a tal condición si continúa predominando. Aquellos que echan fuera a Dios como su felicidad y su fin solo pueden esperar ser echados fuera por Él de todo alivio y compasión. La distancia de Dios aquí no puede esperar otra cosa que lejanía de Dios en el más allá. Cuando el diablo, criatura de vastas dotes, quiso ensalzarse sobre Dios e instruyó al hombre a cometer el mismo pecado, fue maldito por encima de toda criatura (Gn. 3:14). Cuando no queramos reconocerlo como el Dios de toda gloria, seremos separados de Él como el Dios de todo consuelo. «Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán» (Sal. 73:27). Esta es la fuente de todo mal. Lo que sufrió el pródigo fue porque quiso apartarse de su padre y vivir por sí mismo. Quienquiera que sea ambicioso de ser su propio cielo hallará al final que su alma se ha convertido en su propio infierno. Así como amó todas las cosas para sí mismo, así será afligido con todas las cosas para sí mismo. Así como quiso ser su propio dios contra el derecho de Dios, será entonces su propio atormentador por la justicia de Dios.

3. En cuanto al deber

Velemos contra este ateísmo y ocupémonos diariamente en la mortificación de él. En toda acción deberíamos preguntarnos: ¿Qué regla estoy observando? ¿Es la voluntad de Dios o la mía? ¿Tienden mis intenciones a exaltar a Dios o al yo? En la medida en que destruyamos esto, debilitaremos el poder del pecado. Estas dos cosas son la cabeza de la serpiente en nosotros, la cual debemos estar aplastando por el poder de la cruz. El pecado no es otra cosa que un apartarse de Dios y centrarse en el yo. Si dirigimos nuestra fuerza contra la voluntad propia y los fines propios, interceptaremos el ateísmo en su misma fuente y quitaremos lo que constituye y da vida a todo pecado. Las chispas se desvanecerán si el fuego es apagado. Debemos preguntarnos dos cosas en todo asunto: ¿Es la voluntad de Dios mi regla? ¿Es la gloria de Dios mi fin? Todo pecado radica en el descuido de estas cosas; toda gracia, en su práctica. Sin cierto grado de mortificación de la voluntad propia y de los fines propios, no podemos tener acercamientos provechosos a Dios. Cuando venimos con ídolos en nuestros corazones, Él nos responderá conforme a su multitud y a su vileza (Ez. 14:4). ¿Qué expectativa podemos tener de una mirada benigna de parte de Él cuando nos presentamos con

pensamientos que lo despojan de Su deidad, con una petición en la boca y una espada en el corazón para apuñalar Su honor?

Con este propósito:

a. Contempla con frecuencia las excelencias de Dios.

Cuando no tenemos comunión con Dios mediante una meditación deleitosa, comenzamos a extrañarnos de Él y a vivir apartados de Dios. La comunión diaria con Dios nos descubriría tanto de Su naturaleza amable y de Sus dulces caminos, que nuestros pensamientos injuriosos de Dios se desgastarían. Entonces contaremos por nuestro honor despreciarnos a nosotros mismos y magnificarlo a Él. Por este medio el temor servil—que es un deshonor para Dios, un tormento para el alma (1 Jn. 4:18) y la raíz del ateísmo—será echado fuera, y un temor noble de Él será obrado en el corazón. Los pensamientos intencionales de Él producirán afectos hacia Él, comprometiendo nuestros corazones a hacer de Él tanto nuestra regla como nuestro fin. Cuanto más entremos en la cámara de audiencia de Dios, más nos pegaremos a Él con nuestros afectos. El verdadero concepto de Dios crecerá más vigoroso y vivaz en nosotros, y podremos prevenir cualquier cosa que lo deshonre y envilezca nuestras almas. Considerémoslo, pues, como la única felicidad, establezcamos al Dios verdadero en nuestro entendimiento y poseamos nuestros corazones con un profundo sentido de Su deseable excelencia por encima de todas las demás cosas. Esta es la tarea principal que debemos realizar.

b. Valora la Escritura.

Con este propósito, estima y estudia la Escritura. No podemos deleitarnos en meditar en Él a menos que lo conozcamos, y no podemos conocerlo sino por medio de Su propia revelación. Cuando la revelación es despreciada, el Revelador será poco estimado. Los hombres no apartan a Dios de ser su regla sino hasta que apartan a la Escritura de ser su guía. Dios es desechado de ser nuestro fin último cuando la Escritura es rechazada de ser nuestra regla.

c. Guárdate de los placeres sensuales.

Seamos muy vigilantes y cautos en el uso de aquellos consuelos que Dios nos permite. Job temía cuando sus hijos hacían banquetes, no fuese que maldijeran a Dios en sus corazones (Job 1:4–5). El apóstol Pedro unió la sobriedad con la vigilancia y la oración: “Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración” (1 P. 4:7). Esto implica un uso moderado de los consuelos mundanos. La oración es el más alto acto de reconocimiento de Dios, pero un exceso de sensualidad la estorba, y así se convierte en un paso hacia el ateísmo. El levantarse Belsasar contra el Señor

y no darle gloria se atribuye a su sensualidad (Dn. 5:23). Nada resulta más apto para apagar la idea de Dios y arrancarlo de la conciencia que la adicción a los placeres sensuales. Guárdate de ese lazo.

d. Guárdate de los pecados contra conocimiento.

Cuantos más pecados contra conocimiento cometemos, más descuidados somos, y más descuidados seremos de Dios y de Su honor. Tememos más Su poder judicial, y cuanto más lo tememos, tanto más despreciamos al Dios en cuya mano está la venganza y a quien pertenece. El ateísmo en la vida procede al ateísmo en el afecto, y este intentará hundirse en ateísmo en la opinión y en el juicio. ✎